

# Extraño paraíso

María Elena Sofía



Image not found.

# Capítulo 1

Extraño paraíso

Novela

María Elena Sofía - Marcelo Moriconi

Uno

Me excitan los atardeceres. El sol desciende lentamente irradiando un reflejo tenue capaz de pintar con colores su sentimiento, desde el violeta de los hematomas hasta una extensa gama de rojos, recordando que la pasión se destiñe con el movimiento, con la rutina y el final, sin importar la escala cromática, es siempre el mismo: la penetración en las entrañas del horizonte trayendo la noche inevitable, como si al día se le ocurriera cerrar sus ojos para disfrutar de un orgasmo extenso y contundente. A mi también, como al universo, me gusta cerrar los ojos y ponerle al sexo los rostros apropiados del deseo. No es desprecio, es la capacidad racional de aunar imaginación y realidad en pos de maximizar la intensidad sexual en instantes en los que el poder empírico del orgasmo es omnipotente -medio y fin al mismo tiempo- para recordar que estamos vivos, aunque esa certeza, probablemente, no ingrese dentro del ámbito del erotismo. Sin orgasmo en los alrededores, la cosa es muy distinta; pensar puede ser un vicio dañino, recordar, un desamparo inútil. Por ello, siempre me acompañan mis bolas chinas. Ellas, inquietas en mi interior, evitan que al momento de clausurar mis ojos verdes, al pasado se le ocurra enviar alguna escena ingrata; la mente inerte, despóticamente dominada por un vaivén melódico en mi vagina.

Mucho tiempo pasó hasta encontrar algo naturalmente propio que en el silencio de la soledad evitara la monótona tarea de cuantificar las desdichas. Ahora estaba en paz conmigo misma, observando el crepúsculo desde la ventana del bar, cruzando y descruzando mis piernas para gozar autónomamente, deseando un nuevo whisky que era imposible pedir en ese estado de placer absoluto que carcomía el habla. Sólo después del orgasmo llegaría el whisky y el orgasmo llegó como un trueno y fue imposible silenciar el gemido desde la ventana del bar, cuando el sol irradió colores antes de introducirse en la profundidad del horizonte. Tirité de placer y sequé la transpiración en mis sienes producto de la actividad hormonal. A juzgar por los resultados, el gemido había servido para llamar la atención:

-¿Te pasa algo, Camelia? -preguntó la señora Celeste Lavaroni, una de mis entrañables compañeras del curso de cerámica con las que comparto

educadamente un rato en el bar luego de las clases.

-¿Tenés fiebre? -se sumó Judith Albano, cuarentona que probablemente había olvidado todo lo referente al sexo según los relatos minuciosos sobre su matrimonio, historias que tanto entusiasmaban a las demás que yo podía apreciar los atardeceres abstraída en mis bolas sin tener que dar explicaciones.

-Estoy bien, sólo pensaba en cómo me gustaría que me echaran un polvo en los próximos veinte minutos -informé, para dejar en claro que seguía siendo la misma de siempre, con las mismas virtudes y los mismos objetivos. Me encanta ver sus caras cuando se debaten entre la verdad o la falacia de la certeza de que mi autonomía sin orgasmos sea tan corta como la expectativa de vida en Mozambique.

La cara de Judith se coloreó vergonzosa. Llamó al camarero.

-Un vaso de agua por favor.

-Otro whisky -pedí yo y las acaloradas esta vez fueron ellas.

-¿Calor, no? -preguntó el camarero sin dejar de mirar mis muslos descubiertos que aún temblaban.

-El efecto invernadero -le dije-, las temperaturas siguen subiendo pero al mundo no se le da por explotar.

El camarero se retiró meditabundo a sus deberes, como si mis premoniciones hubiesen aumentado el carácter frágil de sus obligaciones, en tiempos donde el largo plazo está demasiado lejos para tejer expectativas.

No soy pesimista, pero opté por dedicarme a la lujuria. El trabajo y la lucha es para los insatisfechos, nadie deja un polvo a medias para ir a hacer la revolución. En definitiva, una vive como quiere y lo importante es la tolerancia, aunque para algunos la vida siga siendo algo que pasa mientras se está ocupado haciendo otras cosas en teoría más importantes.

Llegó la bebida y el apuro de mis compañeras. Una estaba obligada a esperar a su marido con la cena lista, la otra se negaba la posibilidad de enfrentarse, cara a cara, en un duelo verbal con alguien que, por no compartir su forma de vida, pudiera encontrar alegatos para acercarla a la mediocridad.

-Nos vemos el jueves -las despedí y bebí la copa observando los pechos descatados de una jovencita que gesticulaba ornamentadamente frente a un fulano vestido a la moda. Me imaginaba escarbando en esa blusa

impúdicamente y sus dedos por mi cuerpo, quemándome como un cigarrillo. Llevé mis manos a la cabeza y di volumen a mis selváticos rizos castaños. El masaje de las yemas sobre el cuero cabelludo generaba sensuales escalofríos. Recorrí mi abdomen con mis manos y moví alternadamente las piernas para dar vitalidad a las bolas chinas. Necesitaba compañía, un cuerpo para exprimir. Analicé la lista de contactos de mi teléfono. Me sorprendí de la cantidad de ingratos que había conocido en los últimos tiempos, hipócritas condenados a su egocentrismo, seres deseosos de disfrutar del enredo corporal sólo cuando ellos lo dispusieran. No quería rogar, quería exigir. ¡Marcelito!, recordé, mi proletario del alma.

Me gustan los proletarios, se deslumbran con nimiedades, como si el mundo se resumiera a dos metros de su nariz o a cuatro tandas publicitarias por hora. Una los monta en un BMW y generan testosterona suficiente para contentar a un toro. Sienten que la fortuna los ha galardonado con una oportunidad y se obligan a prolongar y agradecer su suerte con desempeños sublimes y extenuantes.

Lo conocí en un partido de fútbol. Deseosa de nuevas experiencias, y enterada del contexto incivilizado y bestial de los estadios, un domingo compré una entrada. ¡Cuánta fraternidad entre el público! Me encantaron las avalanchas y los festejos. La gente se emociona tanto que pierde la razón. Por momentos, entre abrazos, sentía tantas manos por mi cuerpo que, en vez de intentar comprender la regla del fuera de juego, me imaginaba en medio de un harén con esa multitud sedienta de sobresaltos. El local ganó por tres goles y, mientras el estadio se vaciaba, encontré a Marcelo en el baño, sublimando la derrota de su equipo con su atributo al aire libre. Manteniendo el comportamiento gutural que la afición visitante había iniciado tras el segundo gol de los locales, el muchacho orinaba todo lo que podía sin perder su sonrisa infantil y, desde mi punto de vista, una imponente erótica de la violencia.

-¡Este es el baño de hombres!- se quejó con cierto pudor, escondiendo el arma del crimen en el vaquero deshilachado.

-No me gustan esas distinciones, aquí yo hago lo que quiero –lo interpele–, para eso soy la esposa del delantero de equipo local.

No pude evitar reír al ver la furia en sus ojos, la posibilidad de venganza, la inmovilidad de ese ser rústico que echaba a suerte su estado de ánimo en un campo con veintidós jugadores que probablemente lo desconocían. Me acerqué a él y antes de abrir la puerta del cuartito del inodoro, le acaricié un hombro. Él seguía petrificado, con la bragueta baja. Lo observé, aún no cesaban mis carcajadas.

-¿Te quedarás ahí, inmóvil como los defensores de tu mierda de equipo o

vendrás a poner orden y empatar el partido?

Se lanzó sobre mí con la misma torpeza con la que su goleador había desperdiciado dos mano a mano con el arquero. Buscaba hacer todo al mismo tiempo y se atolondraba, al punto que, cuando quiso bajarse los pantalones, trastabilló y quedó sentado en el inodoro. Si quería gozar, definitivamente, la faena debía quedar en mis manos. Me dejé desprestigiar y, cuando al fin hurgó en mis secretos, lo agarré del cuello y lo enfrenté con la mirada, intensa como un gol en el último minuto:

-A mi esposo no le gustará que le cuente esto -reconocí.

-¿Se lo dirás a tu marido?!

-¿Qué problema tenés? ¿No me estás haciendo nada, no? Porque si me estás haciendo algo todavía no me di cuenta.

Probablemente debí ser psicóloga de seres precarios, porque si quería pasión, conseguí una hoguera de rencores. Me devastó hasta el aura.

Nunca nos dimos más datos que los necesarios:

-Trabajo en Transportes P, vendo los boletos -informó.

Con eso alcanzaba para mi agenda. Volví a buscarlo un par de veces y se jugó su puesto laboral en el baño de damas y en el depósito de encomiendas. Una vez lo llevé a cenar, tres lo acerqué a su barrio, cerciorándome de no cometer el error de saber su dirección.

Miré la hora. Con cierta prisa podía estrenar tanga, arreglarme un poco y llegar a la estación de colectivos antes de que finalizara la jornada laboral de mi vendedor preferido. Pagué la cuenta, no dejé propina y me fui. En la vereda, frente a la puerta del bar, un sujeto tocaba el violín. En el suelo yacía el estuche del instrumento; dentro, unas monedas indicaban que el sueldo del día era pobre como el mercado laboral. Metí la mano en mi bolsillo, simulé lanzar una moneda.

-Magia -dije-, se esfumó en el aire.

Sin dejar la melodía el músico masticó sus dientes. A los pocos metros me atormentó la conciencia, suele pasar. Volví.

-El silencio no tiene potencial revolucionario -me quejé.

Esta vez el músico habló:

-Zorra.

-Ahora sí.

Hurgué en mi bolso y elegí un billete. Lo solté. Voló como una pluma hasta caer en el estuche. Subí al automóvil un tanto mareada. Me gusta conducir ebria y salir impune. Es una demostración de que no es criminal quien infringe la ley sino quien es declarado culpable. Me costó arrancar. No pude evitar dejar un espejo al salir del estacionamiento. Dos, confirmé, mi espejo y el del vecino. Tanto prestigio, mi BMW es tan endeble como los demás. Cuando todo llega de golpe el valor se esfuma como la capacidad de sorpresa al quinto encuentro sexual y las marcas registradas pierden la vitalidad de lo inalcanzable.

Todo fue veloz en mi vida: de enamorada condescendentemente esclavizada a cornuda abandonada. De camarera voluble a esposa de escribano. Viejito cariñoso si los hubo, tanto me quiso que me dejó viuda a los dos meses. Una fortuna ganada por el sacramento y la obsesión de Ezequiel Varela de volver a mis brazos, considerando que, en última instancia, mi culminado matrimonio alcanzaba para olvidar sus engaños anteriores.

Pero cuando la aurora refulgía y los corceles de la gloria galopaban entre los dígitos de mi cuenta corriente, llegó el desbarajuste hormonal. Que la tiroides, que si las glándulas, ihasta menopausia precoz previeron! y yo sólo pedía que de alguna manera, mágica o medicinal, convencional o experimental, detuvieran mi gordura. En pocas semanas me había convertido en el cuerpo del desprecio, transportando la frustración bajo mi epidermis, rogando encontrar tallas populares en las grandes tiendas, siendo lapidada por las miradas que, sin centrarse en mi cara sino en el resto, mostraban el matiz opaco de la clemencia y la tranquilidad de apreciar pesares que no eran los propios. Comía la mitad, vomitaba el triple, pero ni la anorexia podía con un físico caricaturesco inflado como oso de peluche.

Cómo eliminar el rencor contra una misma si la propia metamorfosis alcanzaba la capacidad inexpugnable de reformular las subjetividades ajenas. De modo que mientras mi ego caía en las profundidades del marasmo, la misericordia de los demás, tratándome con la discreción del miedo al contagio, desterrándome a la oscuridad de la miseria, recapitulando su amistad bajo parámetros puramente privados, como si la gordura inminente y constante fuera impedimento moral para la vida pública, me liberó al olvido y a nuevos desamores argumentados, con criterio y pruebas empíricas, en la levedad del ser. No desaparecieron los amigos, pero ya no eran las mismas personas y sus intenciones para conmigo se resumían a la compasión y la cobardía de evitar los temas recurrentes del pasado, slógans que diseñaban el ser a partir del tener descartando, por voluntad o vehemencia, la posibilidad de incorporar a

mis propiedades la de una plusvalía de grasa alevosa, excesiva.

Los amores demostraron ser meras vinculaciones carnales, cuerpos desesperados por la lujuria de una mujer que desconocía los recatos y las inhibiciones. Llegadas las tragedias, los halagos se convirtieron en excusas y las citas en ausencias tediosas desacelerando el paso del tiempo y perpetuando la desdicha de saberse flagelada, al mismo tiempo, desde el exterior más cercano y desde lo más profundo de las entrañas.

Además de volver a irse, Ezequiel repitió los engaños. Social o particularmente mi estética me denigró, dando a mis triunfos pasados un cariz frágil y a los alrededores de mi cuerpo un aroma de prisión ineludible, donde el conformismo era un complejo vitamínico para mantenerse nutrida y las miserias ajenas la algarabía de sentirse tan putrefacta como los demás, sin posibilidad de salir del malestar continuo caracterizado, en cada caso, por nombres, flagelos e intensidades diferentes.

Cuando el dolor es constante y agudo, lo único verdaderamente importante es lo propio. Una amiga me trasladó a la clínica. Cuatro años tardó la ciencia en reorganizar mi metabolismo, setenta minutos necesitó el cirujano para lipoaspirar mi karma, aliviar las secuelas y redefinir mi existencia. Ante semejante pesadilla, una descubre que las subjetividades sobrepasan las esencias y se convierte en un constructor redefinible y ambivalente. ¡Qué alegría el día que volví a ser persona! Si hasta era factible salir a la calle y, aunque no pasara inadvertida, convertirme en foco de atención por mis glotonos pechos pagados en tres cuotas y no por lo absurdo de mi aspecto seboso y poliforme.

Transcurrió un buen ramillete de años, más de una década y ahora puedo lograr que el olor a flores podridas se transmute continuamente en recuerdos perfumados. Desde aquellos días sólo busco el placer que me negó la gordura. No pido explicaciones, no comprometo mi palabra. Voy y vengo (si el desempeño así lo admite) entre gemidos que despejan mi pasado y me recuerdan que, detrás de la palabra y los juramentos se esconde una concepción estética implacable comprometiéndonos con las convenciones estipuladas. Hoy mi cuerpo me da placer, y esta obsesión se ha convertido en la rutina terapéutica que hermana y minimiza nuestras diferencias pasadas, nuestros intereses antagónicos, nuestra autonomía imprevista e irremediable.

## Capítulo 2

Extraño paraíso. Novela

Dos

Me acerqué a la garita donde, de doce a tres y de cuatro a diez, mi adorable Marcelito desperdiciaba la vida sentado tras una vitrina con un agujero semicircular en la parte inferior. Una chica morena y uniformada atendía al público.

-Marcelo no vino hoy a trabajar, su hijito está enfermo.

Siempre supe que los hijos sólo sirven para generar problemas; por suerte mi anatomía, además de obesa, me dejó inmune a los embarazos.

El día no iba bien y la impaciencia me trastocaba los nervios. Whisky -me dije- necesito otro whisky. Recorrí todo el pasillo hasta llegar al bar. Caminaba con la desazón de quien ha visto truncadas sus expectativas por terceros, desconocidos, descartables y sin embargo capaces de arruinar un itinerario prefijado. Buscaba niños que maldecir con la mirada, aunque el interior iba mucho más allá, mucho más rápido, incluyendo la violencia, o el asesinato, entre los finales posibles.

-Whisky -pedí-, solo, doble -agregué y el desgano encontró mis codos a punto de hundirse en la barra, mis dedos rascando la cabeza o arrancando cabello, como si la pelambre fuera un impedimento para salir de aquel pozo solitario, para organizar un nuevo plan, para evadir la soledad y hundirme en carne humana, aullando y arañando desenfrenos, ambos que no me generaban mis bolas chinas. Llegó la bebida y al camarero poco le importó mi desamparo. Dejó un platito de plástico con el ticket y giró rotundamente para seguir corriendo por otros pedidos de sus clientes. Aboné y busqué una mesa. Me acerqué al ventanal mientras dos colectivos llegaban a destino. Me senté en una mesa donde había un diario con poca salud para ser del día. No miré la fecha, por las dudas. Si los periódicos son una muestra cabal y argumentada del desprestigio de la condición humana, este sumaba la semiótica casualidad de estar rayado con tinta roja en todas las páginas. Busqué el horóscopo, encontré la sección de contactos. Soy así de inconstante y sorpresiva. Comparé la cantidad de anuncios de homosexuales con los de heterosexuales: similar, la realidad puede ser un gran escondite para la verdad. Me sorprendí de la intensidad de los textos, pero más aún por no haber utilizado aún este impactante instrumento para generarme placer. Analicé las personalidades

lingüísticamente connotadas en un texto de cuatro líneas. ¿Cómo me anunciaría yo? Seguramente, sin vueltas, algo así como «lindas piernas, abren de 8 a 8 y de lunes a viernes». Hubo uno que me desgarró el alma por la efusividad de su lamento: se declaraba solo, rogaba desconsolado el auxilio de la compañía. No pedía edad, no sugería ni prefería nada más allá de la presencia. Agendé el teléfono, un móvil. Al finalizar el whisky se me había antojado llamar tanto como fornicar en los próximos instantes. Podía ser peligroso, pero la entrega a la desconfianza permanente, sea en el prójimo, sea en el futuro, es una condena a nuestra soberanía, necesitada de los demás para poder expresarse. Vivir con miedo es permanecer inmóvil por mucho que queramos autoconsolarnos dentro de murallas privadas. Volví a leer el anuncio. Sólo pensar en el arrojito de ese ser que pedía cura a su corazón destrozado me generaba un sentimiento de importancia magistral. La eficacia lubricante me dilataba hasta los intestinos. Muchas eran las preguntas que surgían, pero la primera respuesta era escuchar el tono de esa voz martirizada. No iba a cometer la ingenuidad de llamar desde mi teléfono, por lo que abandoné el bar con la urgencia de la pasión y busqué un teléfono público en la vereda.

-¿En el Hospital? -me sorprendí como me había sorprendido de la modulación tranquila, del tinte comprensivo y cariñoso del habla, los vergonzosos silencios ante mis carnales expectativas: -¿Y cómo te encuentro, bebé? ¿Pregunto por el cirujano? Habitación 202, perfecto. Gregorio. ¡Me encanta! Salgo para allá, las bolas chinas se me están derritiendo -le advertí y me despedí con una carcajada.

Nunca tuve sexo en un hospital, la propuesta me parecía una locura grandísima. Verdaderamente no sabía a qué atenerme, pero, o uno se atreve a enfrentar la locura, o la vida se resume a una portada y una solapa sintéticamente resumida por alguien con cargo institucional. O ahondamos en la trama o dejamos que nos cuenten, aunque más no sea lo que eligen contarnos. Lo peor que le puede pasar a un ser humano es la muerte y la muerte no es lo ingrato, es lo inevitable. Vivir con miedo a la muerte es desolarse ante la invariabilidad del resultado.

Atrevida como nunca, preferí caminar la noche, a los tumbos, zigzagueando, oxigenando mi lengua adormecida por una cantidad de alcohol suficiente para alterar mi esqueleto. Serían las nueve, no más. El hospital estaba cerca, a unos quinientos metros si cortaba camino por el parque. Doblé a la izquierda, dejando atrás el sendero de faroles de la avenida. El parque estaba oscuro, aunque las luces de la fuente brillaban, diminutas y tenues, en el centro, rodeadas de una arboleda pavorosamente frondosa. Si le temiera a la oscuridad, le temería mi mente. No dudé en adentrarme por un sendero de tierra con bancos metálicos simétricamente separados.

Imaginaba caras posibles, edades óptimas, signos zodiacales para el hombre que me esperaba... ¿Desnudo, vestido, impecable, bañado,

absorbido por una necesidad apremiante de apropiarse de un cuerpo ajeno? ¿Le gustará? ¿Será esta mujer redecorada quirúrgicamente cuyos rizos voluminosos han sido domados con sendos accesorios elásticos, con labios amplios, proporciones contundentes, portadora de un vestido bermellón cuya mayor sensualidad radica en que tiene la obligación cívica de cubrir, con acotada longitud, cantidades elegidas de un catálogo de siliconas, apreciada por el colega que la espera, según compromiso verbal y telefónico, que nunca tiene valor jurídico para iniciar reproches o quejas, en la habitación 202 del nosocomio? Continuaron las interpelaciones, dando al paisaje la inconsistencia propia de lo arbitrario, al punto de ser imposible su descripción, hasta que repentinamente, racional o paranoica, sentí que me observaban. Me exalté y giré mi cuerpo. Sólo penumbras. Retomé el paso y volví a detenerme bruscamente. Nada, sólo el silencio y la arquitectónica compañía de balcones desamparados y un parque por el que había circulado pintando imaginariamente la anatomía del futuro próximo. Observé alrededor y deseé llegar cuanto antes, doblar a la esquina y encontrar el vítreo edificio del Hospital.

Dos ambulancias estaban estacionadas frente a la escalinata de mármol opaco escoltada por rampas de goma negra. Por una de ellas subí yo. Dudé si recurrir a Información o pasar directamente, pero el custodio evitó acentuar mi titubeo:

-¿Puedo ayudarla, señora?

-Habitación 202.

-Es por aquel ascensor.

-Gracias.

-¿Su nombre?

Preguntaba por seguridad, ya había vencido la hora de la visita. No era sitio para imponer mi nombre florido, Camelia, y dar al encuentro un tinte necrológico.

-Inma -dije-. Inmaculada Díaz Allegretti -repetí y acentué lo de Inmaculada, como si hubiera en él una fuerza redentora, la obligación sexual de recomponer los trozos de un corazón hecho añicos sin cura médica.

La mujer presa del vicio carnal no se detiene a analizar el alcance destructivo que podría tener su atrevimiento si sus deseos fueran más allá de un coito pasajero. Lo cierto es que yo, Camelia o Inmaculada, entré en la 202 lubricada de antemano, como un guiso precocido.

Él estaba sentado en la cama, fingiendo una apostura que ya no tenía, la última entereza que busca la revancha, la venganza como plato final.

-¿Sos Gregorio? -dije-, pensé que eras el cirujano de guardia.

-Te estaba esperando -contestó, sin ningún tono especial.

-De veras pensé...

-Si fuese médico me abriría las tripas para quitarme el puto tumor.

-Pobrecito, tiene la tripa intoxicada. ¿Te hago mimitos a ver si te curo?

Gregorio mostró un rictus incrédulo, sospechando que yo quería saltarme el guión, destruirlo en pedazos.

-Voy a morirme -murmuró.

-Como todos, bebé, como todos... -contesté, acercándome.

Sonreí porque él me miraba esperando una respuesta original. Siempre hay quien está peor que uno, nuestra tristeza puede ser, si la comparamos bien, un pequeño contento.

-Ya tengo fecha... -insistió.

-¡Qué envidia! Me llamo Inma, Inmaculada.

-¿Por qué me llamaste? -dijo, observándome de arriba abajo, pensando tal vez que era mucho mejor de lo que podía esperar, más de lo que su anuncio merecía. Por un momento sonó desconfiado.

-Vení y adivinalo -contesté, trepándome a la cama. Mis pechos necesitaban masajes.

-Te dije que me estoy muriendo -se inquietó Gregorio, con la desolación de quien ve trastocadas sus suposiciones-. ¿No te importa mi sufrimiento?

-Me gusta jugar a los personajes, pero no vine a deprimirme.

Mi efusividad lo desconcertó. El plan trazado más con las tripas que con la cabeza, a este plan, como a otros tantos, le podía fallar lo imprevisto, lo otro, el artefacto animado y necesario para la consumación, que tiene vida -lo sentía bajo mi cuerpo- y que replicaba como ningún libreto previó.

-¿Te quedarás toda la noche? -preguntó, con la cabeza y con las tripas.

-¡Mi amor! ¿Tanto aguantarás?

Yo sonrío porque él se desconcierta y evita mirarme. Enseguida, bajando la cabeza, intentó quitarse la duda que comenzaba a dislocarlo:

-¿Sos una puta?

Ah, con que esas. En el anuncio no figuraban preferencias. Clavé la punta de mis dedos en su muslo y los moví como marcando un espiral, hacia la ingle.

-No, está bien, igual -se apresuró, y transformé el ataque en una caricia. Veneno. Pero él permanecía en un estado hipnótico.

-¿Qué pasa, no te excito?

-Se me fueron las ganas -mintió.

-No te preocupés, yo...

-No quiero sexo -dijo, y sentí que me estaba haciendo tragar un cubo de hielo. Ya sabía, Gregorio trataba de recuperar la vieja trama, la venganza, tan antigua como Altamira. Exploté, a medias, todavía no estaba todo perdido.

-¡Cómo que no quiero sexo! ¿Qué pasa? ¿Te esperabas una quinceañera con cuerpo impecable y exenta de celulitis? Pues no, pimpollo, esas no llaman por teléfono. Esto es lo que hay y no me apetece que me acomplejen.

Me incorporé de la cama y el colchón se onduló. Gregorio, agitándose, quedó sentado como un niño que despierta de una pesadilla.

-No dije que fueras fea.

-No es necesario decirlo, imbécil. Se huele, ¿cómo no vas a tener el corazón destrozado si te falta el tacto? ¿Alguna vez hiciste gozar a una mujer?

-Parece que olvidás... -dijo Gregorio, acorralado.

Ahora yo caminaba alrededor de la cama, como acechándolo.

-Todos tenemos la vida hecha mierda.

-Yo soy el que se muere.

-Y yo la que quiere morir.

-¿Querés morir? –Gregorio se envalentonó. Pareció que sería más fácil, a partir de allí. Repitió: -¿Querés morir? Vas a morir.

Se agachó, alargó el brazo y sacó una pistola de gran cañón de bajo la almohada. La empuñó con una mano algo temblorosa y apuntó. Me quedé en el sitio, él se levantó para rodear la cama y acercar el arma a mi cuerpo. El mundo al revés. No me callé:

-Encontraste a la presa ideal, eh. ¡Dale, dispará! Dispará si tenés agallas.

-Lo digo en serio –dijo y estaba serio. Y yo estaba todo lo loca que debía estar para quedarme parada ahí y no salir corriendo. Tal vez no soportaba la idea de terminar el día con otra frustración.

-Si seguís despreciándome, no será el cáncer el que te mate. ¡Querías una mujer, tenés una mujer! Ya soporté demasiadas quejas en mi vida, demasiados conflictos conmigo misma como para dejar que un bastardo me injurie.

-No hablés de sufrimiento. Sos una mujer, una más. Las mujeres no sufren, las mujeres son putas: ponés un anuncio en el periódico y te llaman para coger. No tienen corazón, no les importan los sentimientos, nunca les importó nada de eso.

Gregorio acercó la pistola a mis pechos, haciéndome caminar hacia la ventana. Retrocedí. No sentí pánico sino una excitación aún inexplorada, me dejé llevar sin ofrecer resistencia. Íntimamente presentí que empezaba a atardecer, aunque sabía que eran las nueve de la noche. Y creo haber mencionado ya lo que me provoca el atardecer.

-Me encanta tu rencor, ¿por qué no nos conocimos antes?

-¡No te rías de mí!

-¿Por qué pensás que me meto con vos? ¿Qué te pasa? ¿No das la oportunidad de que alguien te desee?

-Nadie desea a un muerto.

-Bueno, yo me casé con uno.

No contestó. Continuaba mirándome y apuntándome. ¿Cómo seguía esto? Me indigné, la escena parecía irreal, ridícula: un tipo en camisón, flacucho, débil, casi cadáver, amenazando con un arma a una mujer como yo. Miré

la pistola entre mis senos. Ya dije que en mi interior avanzaba un atardecer y cómo suele terminar. Entonces recordé que era una sobreviviente. Me invadió una especie de demencia, supongo, porque lo que siguió sería inexplicable de otra manera.

-¡Necesitás un buen polvo! -le grité-. ¿Buscás que te violen? ¿Alguna vez abusaron de vos, infeliz?

Y dicho eso, tomé la pistola por el cañón y la saqué de allí, entre otras razones para salvar las valiosas siliconas y me arrojé sobre él, con la otra mano en su entrepierna. Gregorio se tambaleó y el arma se disparó. La bengala salió milagrosamente por la ventana. El estúpido ni había tenido la viveza de comprar una de verdad.

¡BANG!

Él miró el arma pensando que debería haber desconfiado de aquel tipo que se dijo su amigo y tenía tanta prisa por vendérsela. Me dio un ataque de risa pero no solté sus testículos, el cazador que agarra su presa y huele la sangre ya no puede dar marcha atrás. Lo besé, a los diez segundos parecíamos otros. Dejé de reír porque él continuaba sorprendido y la humillación es enemiga íntima de la testosterona. Lo conduje a la cama. Para mí transcurrió el segundo atardecer del día. Para él, el último, de su vida.

## Capítulo 3

Extraño paraíso. Novela

Tres

*El trabajo que me encargaste no es simple. Para poder cumplir tendré que jugarme la vida. Decís que debemos darlo todo sin condiciones, pero sabés que estoy llegando hasta el sacrificio y parece que eso tampoco te complaciera. Permanecés inmutable, con esa mirada pacífica, como resignada.*

*Yo perseveraré, necesito tu aprobación, mis días no tendrían sentido si me apartase de este camino, considerando que el mundo moderno no ofrece las incontables opciones que pregona, al menos cuando generaliza de una forma injusta y aberrante. Deseo cumplir con mi tarea, te has hecho carne en mí cuando las palabras ya no pueden detener las catástrofes.*

*Soy un ser privilegiado. ¿Qué significa eso? Que sabe el lugar al cual se dirige, que conoce la finalidad de su existencia. Anoche estuvieron a punto de descubrirme, pero logré esconderme en un callejón. Ella es intuitiva, una característica que parece exacerbarse en el género femenino. Y también inescrupulosa. Por lo que pude observar es capaz, como yo, de ir hasta las últimas consecuencias. Se aprovechó de ese infeliz, Gregorio, y no le importó, se fue del hospital como si saliese de un club nocturno. ¿Habíamos llegado a ser amigos, Gregorio y yo? Nunca guardé esa esperanza. Transcribo, eso sí, nuestra última conversación telefónica como una prueba para la justicia humana, ya que no un descargo para mí, que conozco juicios más fuertes:*

*YO: ¿Qué hacés, loco?*

*GREGORIO: Acá estoy, re divertido.*

*YO: Mirá, Gregorio, el mundo es una mierda la mayor parte del tiempo.*

*GREGORIO: Buena salida, gracias, tirá la cadena. (NOS REÍMOS) Te agradezco tu idea sobre el aviso en el diario. Y el paquete, también, veo que me entendés, viejo.*

*YO: No fue nada. ¿Llamó alguien?*

*GREGORIO: Sí. Una mujer.*

*YO: ¿Aceptó?*

*GREGORIO: Sí. Viene para acá.*

*YO: Bueno, suerte, loco. Mañana te veo.*

*Después llegó la patrulla policial, tarde como siempre. A veces pienso si la policía no habrá sido creada para perseguirme sólo a mí, que deseo serte fiel. El resto nada más sabe hablar blasfemias, la sociedad está encolumnada en la corrupción de sus propias almas. Los hombres de bien, como se autodeclaran, son los responsables de masacres, sedientos de sangre, semejantes al más salvaje animal. Mi lista está llena de sujetos como esos, cada uno se ha ganado su lugar, es increíble cómo con los propios actos uno se está reservando una butaca en el infierno. Cambiarían sus conductas obscenas si supieran que los están observando... Tengo una lista llena de sujetos abominables, patanes y rameras, homosexuales. Sabés que los vigilo, los analizo, mientras me preparo. No lo creas, no soy optimista por elección, un arcángel y un bailarín pretenden no caerse nunca, pero quién garantiza que eso no les suceda. Caer suele resultar inexorablemente el destino final. Pocos habremos de salvarnos, estoy seguro.*

Luego del episodio hospitalario estuve tres días en cama, sostenida a whisky y cigarrillos. Sólo alcanzaba a calmarme la idea de bajar unos kilos y perfeccionar mi figura, resaltando las protuberancias artificiales. Por lo demás, estaba desesperada. Había hecho un terrible descubrimiento. De pronto ahí estaba yo, en el umbral de un extraño paraíso, con esa actitud de los antiguos navegantes arribando a las playas vírgenes de un mundo desconocido, nuevo, incomprensible pero deliciosamente infernal. Yo no moría ya, ahora veía morir a los demás. Mi cerebro había apagado esas alarmas que suenan cuando se traspasan algunos límites. Tal vez mi descenso al abismo, experiencia convertida en maestra, me obsequiaba este nuevo enfoque: el sexo por última vez, como la primera, sin rutina ni hastíos insoportables, sin el confuso y decepcionante despertar. El sexo y la muerte. La muerte en, previa y durante el sexo. Alcanzar a paladear un goce de otro mundo.

Intenté rezar por Gregorio, pero volví a desearlo y rompí a reír como una desquiciada. Evité mirarme en los espejos de la casa temiendo multiplicar la lujuria y salir volando en búsqueda de enfermos terminales.

## Capítulo 4

Extraño paraíso. Novela

Cuatro

Ya referí que en mi vida todo fue veloz. De esclava consciente a cornuda abandonada, eso fue veloz. Y ahora que lo analizo creo que fue también simultáneo, es decir, no hubo entre una cosa y otra un proceso, como yo - pobrecita aquella- lo pensé en un principio. Es increíble cómo se puede llegar a inventar una versión de los hechos que sólo necesita un poco del tiempo que transcurre inexorable para mirar atrás y verla claramente descabellada, porque decir subjetiva sería continuar engañándose.

En cambio entre camarera voluble y esposa de escribano sí hubo un entre, como explicaba aquel filósofo: lo importante no son ni el clavo ni el martillo sino el entre. Ese espacio que nada es pero debe ser atravesado de cierta forma para lograr hundir el clavo, si esa es la finalidad. De nada serviría apoyar el martillo en la cabeza del clavo, por ejemplo, sosteniéndolo con dos dedos o toda la mano, o que otro se encargue de martillar y en ese caso es importantísimo el movimiento y la fuerza impuesta, la curva que se dibuja en el aire, etcétera. No es fácil. Por eso en ese espacio es inconveniente meter los dedos, aunque no apoyo la teoría -más bien otra injusta generalidad- de que los estudiosos o son onanistas o depravados sexuales, me estaría limpiando el traste con gran parte de mi experiencia si afirmase tal cosa. Ni lo uno ni lo otro en cuanto a las habilidades manuales. Considero haber comprobado infinidad de variantes sin llegar al tedio ni al escepticismo. Aún en una plena fría madrugada no pierdo la certeza de un próximo atardecer. Un religioso diría «conservo la esperanza», «la esperanza me acompaña en la soledad» y otras mojigaterías por el estilo. Lo cierto es que se debe sostener el clavo, empuñar el martillo y martillar, hacerse cargo del «entre». Allí radica lo esencial, como el autor dice no se ve y yo agrego «pero se siente».

Pues resulta que en este punto surgen las normas. Esa distancia entre el clavo y el martillo, en una sociedad que se proclama -con la justa medida de hipocresía- civilizada, esta región tan productiva y provechosa para todo aquel sediento de la experiencia humana está reglamentada y a las alturas que volamos hoy se vuelve confusa como un hombre engrillado que sacan a la luz luego de treinta años. Y no hay nada nuevo bajo el sol. Harían falta terremotos y sucesivas catástrofes para cambiar algunas líneas milimétricas en el mapa. ¿Qué clase de vida deberíamos hacer para

marcar una raya lo suficientemente gorda? La vida de la gente común está programada y el estilo y grosor de esa línea determinada por otros, a quienes un día encontraré desconocidos, o peor aún: descubriré que nunca supieron quién soy, cómo pienso, ni les importa. El sismo debe ser lo suficientemente grande, irreconciliable, irreversible e inexorable, un desgarramiento, un zarpazo que te arroje a ese territorio en el que sólo sobrevivís si te inventás, si lográs la autoconstrucción exitosa del proyecto Yo.

Bien, en ese primer «entre» la camarerita voluble estudió Administración de empresas y un poco de inglés, comprendió que un valor agregado a un buen par de piernas podría residir en saber formar dos frases coherentes en relación a un tema. Descubrió los libros y con ellos que todas las academias son ridículas. Los sistemas no escapan a la condena de la centralización y el absolutismo, y ello lleva al desconocimiento y el rechazo de una idea original, una vida inédita, cuando lo diferente debería ser la maravilla reconocida por la humanidad. La camarerita se preparó para el futuro, para no dar el mal paso.

¿Cuáles fueron mis otras zonas de desastre, entre el clavo y el martillo? María Vermont observó mis gestos mientras hablé, antes de pulsar el play del vídeo que le había llevado. Era buena en su oficio y práctica como un martillo, aunque si no fuese por mí no se depilaría con la suficiente periodicidad y usaría las panties corridas. Su cerebro de fiscal insomne trataba de relacionar el oscuro significado de mi perorata con el caso de la Financiera SAM, de cuya caja fuerte había desaparecido medio millón de dólares.

El ojo indiscreto de la cámara de seguridad observaba el forcejeo sexual entre Gabriel X y yo, transcurrido en la víspera. Tuve la extraña sensación de que la secuencia no mostraba lo que ocurrió en realidad y en un instante aterrador presentí que quizás así nos miraba Dios, cuando nos mira. De esa manera, de arriba y distante, indiferente. Sólo por curiosidad, o para dejar registro en su voluminoso archivo miseriahumana.com.

María cruzó una pierna sobre la otra por toda señal de incomodidad. Hacía mucho tiempo que no veía un pene en pleno desempeño; según propia referencia desde que nació su hijo Tiago, al que ni siquiera le puso el apellido de su padre, siempre mencionado como «el donante». La infancia de Tiago coincidió con mi bajada a los infiernos, por lo que no fue necesario abrir el juego ni el corazón, ni soportar el agrio vómito y el llanto en nombre de nuestra amistad. Camelia agradecida.

Terminaba la escaramuza sobre el escritorio. Ahora tratábamos de deshacernos de las ropas, esos estúpidos taparrabos modernos que elegimos como armas de seducción y pagamos sin queja porque nos ayudan a conquistar un momento como este, cuando precisamente son la

molestia que provoca la postergación del goce, pues el mejor vestido del cuerpo es la piel y como dijo Valèry -aunque él quizá no haya buscado lo suficiente- también es lo más profundo. Ganado el tironeo con su cinturón y mi sostén todo continuaba sobre la alfombra, pero la visibilidad se reducía por la ubicación de la cámara. Sonreí. María hizo girar el sillón de cuero que le holgaba a su flacucha anatomía mantenida a café y cigarrillos y fijó su mirada de recién despierta sobre mi sonrisa. Pulsé el stop.

-Camelia ¿Qué inventaste esta vez para trasladarte por esa tu región entre el clavo y el martillo? -murmuró, presintiendo la extensa y descabellada historia que me había llevado al sexo con Gabriel X, el contador de la financiera en desgracia. -Discutí con Marcelo -dije, como si ello aclarase algo. María me respondió eso mismo con un mohín escéptico.

Marcelo se había negado a mi propuesta de frenesí sexual excusándose en su responsabilidad de vendedor empleado con un horario a cumplir y padre de familia, también a cumplir, justo motivo de proletario exento del machismo tan benéfico. Caminé sobre mis tacos hasta el bar de la Terminal sintiendo en los tobillos la segunda desazón de la semana: primero los niños, ahora el trabajo... Nada se podía programar sin considerar a los extraños que se interponen a cada paso. Decidí recuperar mi autonomía. En la barra un joven con aspecto de yuppie apuraba un trago. La mirada que disparé le captó hasta el perfume. Vestía buena ropa y emanaba esa energía latente propia de la juventud que parece siempre al borde de derramarse. Mis bolas chinas se inquietaron. El lugar se hallaba inusualmente desierto. Una viajera provinciana apareció tímidamente en la puerta y se movió despacio, como pidiendo permiso, hacia el toilette. El mozo sacudió la cabeza con disgusto y yo tuve una idea sensacional. O eso consideré. Seguí a la mujer por el estrecho pasillo entre las mesitas, entré con ella y esperé, mirándome en el espejo. Cuando salió me observó como a un objeto extraño: yo me quitaba la capa de maquillaje y desarreglaba esa melena que deseaba manos enredándose y tirando con lujuria. Era una muchacha simple, por unos instantes admiré la belleza de la simplicidad, la capacidad de asombro inagotable en la que alguien se encargaría de abreviar. Me escuchó con los ojos muy abiertos, no halló razón para negarse o me creyó loca y sintió miedo, pero la cuestión resultó: intercambiamos nuestros vestidos, ella buscó en su pequeña maleta un par de impresentables zapatitos para no tener que despedirse de sus alpargatas, tomó el fajo de billetes y salió con la misma parsimonia, pero sus ojos brillaban como si hubiesen visto algo extraordinario. Volví a observarme en el espejo: casi no me reconocí con el nuevo atuendo, el vestido era de un color tostado y llevaba unas ridículas flores sobre la falda. La tela ligera mezclada con algodón estampaba su ordinariez. Ya era tarde, mi Gucci de tres mil dólares se iba en su maleta y también mis zapatos de diva. Pasado el instante de lógica tercermundista por mi cabeza, suspiré satisfecha: me veía como la perfecta ingenua de telenovela que se dejaría atrapar por el apuesto

mujeriego que la descubriría «fortuitamente».

María Vermont se levantó del sillón con síntomas de adormecimiento y fue a lavarse la cara. Dejó la puerta abierta del baño para seguir escuchando y meter su bocadillo:

-Estás loca –exclamó, haciendo con sus huesudas manos un cuenco bajo el chorro de agua. Se inclinó más, buscando la frescura y un poco de claridad para este asunto. Después tomó una toalla y como si fuese un apósito gigante, la apoyó en su rostro y así caminó de nuevo, a ciegas, hasta su asiento.

Pulsé el play. No estaba aburrida pero la imagen sexual congelada en la pantalla me distraía continuamente, como si en cualquier instante se largase a correr por sí misma y no mostrase los momentos previsibles sino otra cosa. Además, éramos dos mujeres en una oficina del antiguo y oscuro edificio de la Justicia, prácticamente vacío y de madrugada, viendo un vídeo al que le faltaban algunos primeros planos para ser pornográfico. Me producía una excitación inesperada. Necesitaba un whisky. Lo necesitaba porque yo, Camelia Díaz Allegretti, a punto de implicarme en un grave delito frente a un fiscal de la Nación, me permitía priorizar el ímpetu de mis deseos. Loca. Muy probable. ¿Y quién no está un poco loco? Todo es cuestión del sujeto que observa, y hasta cierto punto depende de una redefinición de nuestros impulsos. ¿Quiénes somos, el que sostiene el clavo, el que empuña el martillo, el dedo machucado; tal vez la furia impotente, o el golpe perfecto? El diagnóstico de María encajaba en la perspectiva de caos que propone la vida en la jungla moderna, me calzaba como un par de sugestivas medias embelleciendo mis movimientos.

Aparté la vista de la pantalla casi con dolor y la posé sobre su figurita, mientras el sonido del vídeo me arrastraba con su hipnosis. Ella sin embargo permanecía quieta e indiferente, como si escuchase a La Zimbawe. Tal vez, al cabo de algunos segundos, sus manos presionaron la toalla húmeda sobre el rostro de una manera exagerada.

-Que estoy loca lo sé -dije, pues debía agradecerle su apertura-. Ahora escuchá esta historia: la financiera envió a Gabriel X a la provincia para cerrar un negocio, por ese motivo estaba en la Terminal cuando yo llegué motivada. Esperó el ómnibus en el bar y de pronto vio entrar a una muchacha portando un bolso. Ella ocupó una mesa. Él la encontró interesante, su instinto de depredador sexual jamás lo engañaba. Pero para su asombro la mujer se desvaneció sobre la mesa. De inanición, probablemente.

María se quitó el apósito y pensó en un discurso político, buscó en una intrincada selva de afirmaciones y convenciones un asidero para la frase que le disparó esa imagen de la provincianita desmayándose de hambre. Pero yo no buscaba compasión, ni para ella ni para mí, y creo que para

ninguna mujer del mundo. Que estuviese claro.

Gabriel acudió en socorro adivinando mi escultura bajo la humilde ropa. Descubrió mi desesperación. Mientras el mozo traía un café con cierto desdén, él me sostuvo de los brazos con una solicitud conmovedora. Su perfume sería capaz de despertar a toda la concurrencia en una feria de cosméticos, y por lo menos curiosidad en un club de lesbianas. Su deseo de proteger a esta mujer que vendría de un largo viaje en búsqueda de un futuro más amable lo impulsaba, y en sus ojos aparecían los destellos luminosos del héroe. Me sentía trastornada, pero debía sostener mi personaje, o por lo menos graduar la atracción hasta el clímax... Pero arribó el ómnibus que lo llevaría a la provincia, donde firmaría un importante contrato. Se movió con agilidad, y en dos gestos reunió sus cosas y salió, alejándose de mi cuerpo tenso y estimulado. Mi plan aún no fallaba.

-Me quedé con su billetera, fue fácil -confesé.

María me observó con exagerada dureza.

-¿Hurtaste la billetera? -dijo, y bajó los ojos hacia sus manos como si allí se escondiese una respuesta desestimando el tecnicismo que me hacía responsable. ¿Tiago se habría dormido, tan exaltado como estaba en la cena, desconociendo las alternativas que le deparaba el día siguiente? Al fin viajaba a conocer a su padre, quien hasta ahora había sido nada más que el donante del esperma necesario. Tiago Fuentes Vermont, 17 años, especialista en vídeo-games y todo lo relacionado con la electrónica, últimamente un poco distante e introspectivo. Más bien enojado, con actitud resentida. Sólo pensar en su nombre le producía una ternura desmesurada. Le había dado todo a ese hijo, excepto el presunto domicilio de su ex esposo. Tiago había buscado a su padre en Google.

-Digamos que él la olvidó -corregí, pero ella no era tonta. Ahora usaba la permisividad del cansancio y algún toque de tristeza. Su fragilidad era engañosa. Además debería saber que mostrar algún costado débil a estas alturas de nuestra amistad -y a esta hora de madrugada- resultaba inconveniente, arriesgado.

Remarqué:

-El olvidó la billetera en la barra del bar, yo la tomé para devolvérsela.

-Qué honesta. Deseabas volver a verlo.

Mucho más. Deseaba todo eso que se veía en el vídeo. Acabó así, algunos días después. Me presenté en la empresa para devolverle la billetera, siempre enfundada en mi personaje de provinciana y Gabriel X, además de explicar su «abandono» en la terminal por motivos laborales,

creyéndome pobre y desesperada, me ofreció un sándwich, un café y un trabajo. Acepté todo, mi plan iba de maravillas y además me divertía. ¿Por qué estaría ahora exhibiendo esa cinta como un trofeo, si no?

La fiscal arqueó las cejas vivamente.

-Vamos a mi casa –dijo, uniendo el movimiento a las palabras.

Quedé cortada, mi inspiración adquiriría ciertas alturas. Fruncí el ceño y junté las rodillas como cuando algo me irrita, pero no era enojo. Ella enseguida explicó: -Así podemos seguir con esto, debo prepararle el equipaje a Tiago, que decidió reunirse con su padre.

De pronto mi caso se derrumbó. Recién cuando sentí la vibración bajo mi cuerpo del BMW que flotaba sobre la autopista me embargó la serenidad, un impulso de sentido común y comprensión. Luego me arrepentiría, pero era saludable de pronto jugar el papel de amiga en ese cuadro conflictivo de la vida familiar. Cuando pensaba escapar de esas crisis irritantes a las cuales yo había renunciado, recordaba la escena grotesca de mi cuerpo obeso derramado sobre la cama sin otro destino que el abismo y la llegada providencial de María Vermont. Esta mujer me había salvado la vida. Repetía mentalmente esa verdad toda vez que me provocaba fastidio su postura acomplexada, sus tortuosas relaciones lésbicas, ese estado de culpa constante, justo en ella, dedicada a perseguir criminales y todo tipo de culpables. Lo recordaba cuando quería insultarla y clavarle el taco de un zapato en la cabeza, y cuando la deseaba.

Me había salvado la vida. Así era. Pues aunque parecía haber transcurrido una eternidad aquella película rodaba fresca en mi memoria:

-¿Internación? No, no me gusta esa palabra, María.

-Camelia, nunca te interesó la gramática, mucho menos el significado de las palabras.

-Mala.

-Irrelevante, niña. Ya saqué el turno en la clínica. Te esperan mañana a las diez.

-No puedo, voy a tener jaqueca.

-Otra excusa. Además, pensá, si volviese Ezequiel...

-Ezequiel no vuelve, por lo menos mientras no se acabe el dinero. Ojalá apareciese ahora, lo mato.

-Camelia, te conozco desde niña, vos sabés apreciar una buena oportunidad.

-Já, como vendedora pasarías hambre, te lo aseguro.

-Mañana a las diez.

-Nadie me obligará.

-Yo te obligo, soy fiscal.

-¿Pero qué decís? No estoy matando a nadie.

-¿No? Es lo que veo.

-¿Me vas a defender de mí misma?

Sí, esta mujer me había salvado.

Dije, piadosa aunque no soy de proferir compasión, con un tono lejano a mi estilo crudo y directo:

-No te preocupés, no vas a perderlo. Tiago es inteligente.

Me dirigió esa mirada reprensora color café, no permitiría que alguien como yo se entrometiera en la relación con su niño. Había zonas de su vida infranqueables para mí que ella mantenía bajo llaves y cadenas, porque intuía que en un raptó de lujuria demencial yo sería capaz de destruir todo.

-Hay un muchacho, Leo Polsky -comenzó a decir, como si hasta allí hubiésemos hablado intrascendencias-, trabaja en la compañía financiera asaltada, dijo que te reconoció, que te vio salir hace unas noches de un hospital, justo en el momento de un episodio confuso...

De pronto atendí mi tarea de conducción como nunca, mientras María narraba con voz monótona las declaraciones de un joven que podría involucrarme en una muerte y ahora en un robo millonario.

-Leo Polsky se encarga de la limpieza en la compañía financiera SAM. Cuando entraste no lo podía creer: la misma mujer atractiva que por alguna razón hace cinco noches se iba del hospital intempestivamente, cuidándose de no ser vista, mientras adentro sonaba una alarma y el guardia corría hacia la habitación 202, donde su amigo Gregorio Salas acababa de fallecer, empuñando una pistola lanza bengalas. Mis peritos opinan que lo último que sintió fue un orgasmo.

Y el disparo, y mi cuerpo como una llama consumidora, quise agregar, pero me callé. Debería comenzar a considerar la opción de mentir, un refugio socialmente disponible, para protegerme, porque María era honesta y así como pudo un día salvarme internándome en una clínica ahora sería capaz de mandarme a la cárcel, por muy amigas que fuésemos. La punta de mi zapato presionó el acelerador, buscando un camino rápido que nos sacara de allí.

-No tengo idea –dije. Pero mi voz había cambiado y ella conocía todas las tonalidades de nuestras charlas, desde niñas. Sin embargo lo dejó pasar como quien sale a la calle, comprueba que está lloviendo y abre un paraguas para dos.

-Yo voy a creer tu versión de los hechos, Camelia –murmuró.

Y ahora era el momento en que yo me enojaba, gritaba, lloraba y detenía el auto para que bajase y me dejase en paz. Pero ese instante también transcurrió sin que pudiese reaccionar, porque me sorprendió su respuesta magnífica, su demostración de fidelidad incondicional, de amparo, que yo creí no merecer ya. Agarré con fuerza el volante para no abrazarla y provocar el desastre.

Bajamos de la autopista, nos detuvo un semáforo. María sonrió, anotando la primera vez que yo respetaba el amarillo y aguardaba estoicamente que el rojo trocase a verde. Un absurdo, porque en esa hora el tráfico no existía casi, las urgencias de la urbe daban paso, eran otras. Yo no podía contener el temblor de mis muslos. Guardar silencio me delataba y esa intimidad del interior del automóvil torturaba mi raciocinio. Pero un minuto necesité para volver a ser yo misma, Camelia o Inmaculada, lo que tardaron tres pesados camiones en recorrer la rotonda y tomar cada uno sus destinos, desconocidos, lejanos. Simplemente corté la mitad de su propia píldora con diez miligramos de alegato mediocre y se la entregué, vuelta mi voz a su lugar:

-Necesito descansar, hablemos mañana. ¿Sabías que volvió Ezequiel?

Es una hija de puta, esto debió haber pensado, pero guardó un silencio comprensivo, profundo. Ahora se había derrumbado su caso, o por lo menos perdido importancia y categoría. Peor: ahora éramos dos mujeres comunes estremecidas por las circunstancias de la vida, sin posibilidad de camuflaje creíble que proveyese protección emocional alguna. Éramos simplemente dos amigas con problemas volviendo a casa.

Le pedí pasar la noche con ellos. Mi ex esposo, aprovechando mi imprudente decisión de no cambiar cerraduras, había retomado posesión de sus dominios con la actitud del conquistador que regresa y revisa cada cosa que cree le pertenece. Yo no me encontraba apta para la escena de la destitución, María lo entendió y permitió que pernoctase en la camita

junto a la de Tiago. Además guardaba la esperanza de mi confesión durante el desayuno. Noté que madre e hijo no se dirigían palabras directas, alguna frase entrecortada, torpe, mantenía los hilos de una convivencia compleja, complicada ahora con la presentación del padre. Él ya había alistado su equipaje, intentando el gesto de una independencia caprichosa, pues ella debió extenderle el dinero que la aventura significaba. A las claras el donante no pretendía dar nada más que aquella única semilla involuntaria.

Pude comprobar que mi ahijado se estaba transformando en un hombre hermoso. Pero cerré los ojos y alguna divinidad afortunadamente trajo el sueño oscuro, en brazos del whisky y un somnífero.

## Capítulo 5

Extraño paraíso. Novela

Cinco

Algo estaba distinto. Ezequiel había envejecido, cambiado, o quizás no. Algo en su cara me recordaba a mi difunto esposo. Pero su voz mantenía el mismo tono jerárquico de siempre.

-Ya verás- le dije y le di la espalda antes de caminar.

No dijo nada, sólo atinó a sujetarme del brazo. Falló. Empecé a caminar y él me seguía, mudo. Caminaba por una calle que, aunque desconocida, me recordaba mucho a mi infancia. De hecho, podría decir que incluso algunos sectores eran exactamente lugares que se habían apoderado de una porción de mi memoria. Aunque era de noche el cielo ofrecía un brillo y una luminosidad propia de un amanecer y así permaneció hasta que llegué a destino. Ezequiel seguía detrás de mí con una sonrisa sarcástica. Si quería morbo, lo iba a tener.

No vi a la persona que abrió la puerta, ni siquiera puedo asegurar que alguien la abrió. Entré. Ezequiel lo hizo un rato después, tiempo suficiente para que yo observara la situación y la disposición de las cosas: un gran ventanal, un sofá de cuero blanco, jarrones con tulipanes en las cuatro esquinas del salón, esas flores que tanto me gustan y que habitualmente exigía a mis amores. Aquí y allá, hombres de todas las razas deambulaban desnudos. No me miraban. Sólo andaban, tal vez sin rumbo, como diariamente andaba yo. Otra vez Ezequiel intentó tomarme del brazo. Otro fallo, uno más en su vida.

Un jovencito de cabellos largos rizados pasó portando su dicha. Lo detuve apretándole su gloria, que automáticamente se endureció, y miré a Ezequiel. Un asiático adolescente le ofreció una silla. Ezequiel se sentó, observándome, como si exigiera venganza. Tosí, escupí y la baba cayó en mis pechos. Insólitamente ya estaba desnuda. Sin dejar de mirar a Ezequiel me arrodillé y abracé al joven, que comenzó a andar hacia atrás con pasos cortos. Yo lo seguí como un perro que no suelta su juguete. Llegamos al sofá, Ezequiel se mantenía en la silla, expectante. El joven me dejó en brazos de un moreno musculoso. Le di la espalda a su nariz gruesa y observé a Ezequiel. Mientras bailaba sobre el cuerpo sudado, Ezequiel se levantó y se desabrochó los pantalones. Caminó dos pasos, quería acercarse. Su cara ahora derrochaba furia. Dos sujetos un tanto

deformes por exceso muscular lo detuvieron. Lo tomaron de los hombros y lo depositaron nuevamente en su silla, como si se tratara de un trono, o un banquillo de acusado. Volvió a intentar ponerse de pie, pero estaba vez lo detuvieron dos brazos que presionaron hacia abajo, mientras yo hablaba con los demonios y los deseos chorreaban por la comisura de mis labios.

Dos hombres más se acercaron. Ezequiel me miraba con odio. Comenzó a masturbarse. Lo miré y me recliné. Uno tras otro pasaban los hombres sobre mi cuerpo. Gemía y rasguñaba cuanto podía. Al cabo, los hombres comenzaron a sentarse alrededor, en el piso, como si se prepararan para meditar.

Dos mujeres entraron en la sala. Se acercaron a Ezequiel, pero una vez que sus caras pudieron tocarlo, estas le negaron el beso. Una llevaba jeans y una camiseta, la otra un vestido corto floreado. Ambas calzaban botas. Comenzaron a patear a los hombres, que recibían los golpes con lamentos y resignación. Ninguno reaccionaba. Me sumé a la golpiza, y a cada golpe saltaban de mi cuerpo chorros de un líquido incoloro y esto me provocaba cierto alivio. La violencia es divertida cuando uno percibe impunidad. Agarré la cabellera del pelilargo y le estampé la cabeza contra el suelo. Abruma reconocer la vulnerabilidad humana. Un charco de sangre se extendió por el piso.

Cuando se cansaron de golpear, las mujeres se acercaron y comenzaron a besarme los pechos. En menos tiempo de lo que un gobernante latinoamericano se roba un millón, estábamos las tres desnudas chapoteando en la sangre masculina. No tardé en descubrir en una de ellas a la jovencita que me había presentado Ezequiel. La misma inepta que mandaba mensajes telefónicos a las seis de la mañana pensando que jamás me enteraría. La tomé de los pelos, la puse boca abajo y le provoqué desgarros dolorosos con un objeto que había aparecido en mi mano como por arte de magia. Ella comenzó a gritar antes que Ezequiel, quien recibía una trompada cada vez que intentaba ponerse de pie.

Me reí hasta que pude. No hubiese querido detenerme, pero por la ventana comenzaron a entrar bebés gateando. Se acercaban con el ceño fruncido, como si se tratara de un ejército de salvamento enviado por alguien.

Corrí con tanta ansiedad que no podría describir el camino por el cual salí de la casa. Tampoco podría asegurar cuántas horas estuve allí, lo cierto es que ya era de día. En las calles el panorama no mejoraba. Había bebés por todas partes, se trataba de una invasión. Una invasión extraña, porque la ciudad mantenía su ritmo normal, pero toda la gente eran bebés. Bebés llevando a sus bebés al colegio, bebés manejando taxis y cobrando de más, bebés atendiendo negocios, bebés... bebés... bebés. Y

un bebé a bordo de una camioneta comenzó a perseguirme.

Por alguna extraña razón, yo corría sin salirme de la calle. La camioneta me seguía a pocos metros. Gritaba. Corría hacia un horizonte luminoso, cada vez más luminoso. Tan luminoso que de repente explotó.

Desperté sudorosa y con taquicardia.

### *Testimonio de Leo Polsky:*

-Gabriel y Beto, el contador y un pinche, son empleados de la empresa Financiera SAM. Allí trabajo yo, hago la limpieza. Ellos son muy amigos, se confiesan sus aventuras amorosas, a veces hasta comparten sus novias. Son muy íntimos. Hablaron de Camelia, la nueva y de quién de los dos la seduciría. También hablaron sobre el dinero, una gran cantidad, que esa noche permanecería en la caja fuerte debido al feriado bancario.

Me ordenaron prepararle una oficina a la nueva, una mujer escultural, realmente hermosa. La compañía había realizado muchos recortes presupuestarios, que incluyeron despidos y varias oficinas estaban vacías. Elegí una del fondo para verla pasar frente a mi gabinete. Me provocaba curiosidad esta contratación, por lo que dije antes.

Cada vez que la observaba, en el pasillo o adentro, alguno de ellos dos estaba junto a ella hablándole en tono suave, sonriéndole, tratando de convencerla, rozándola. Y esto a ella parecía agradarle en modo extremo. Luego ellos discutieron, se encerraron en una oficina y salieron amigos como antes: habían acordado algo, seguro. Ignoro qué, pero siempre negociaban así. Es todo lo que sé. Después encontré ese fajo de billetes en el fondo de mi carro, pero yo no tengo nada que ver con ese dinero, no... Y pude habérmelo quedado, eh, pues en el cuarto de la limpieza no hay cámaras, pero no...

-Gabriel X tenía un plan para que pudiésemos encontrarnos en la empresa por la noche. Era excitante. -Corté la monótona lectura, considerando que mi versión era más jugosa-. Iba a quedarse a cuidar el dinero hasta el día siguiente. El otro, Beto, me entregó una llave al retirarme y volví a entrar tres horas más tarde, con el pretexto de hacer trabajos extras. Al guardia no le pareció sospechoso, tal vez era lo usual. Gabriel me esperaba y fuimos a la sala de reuniones, no pensé que tuviesen cámaras. Supongo que en esos momentos se produjo el delito, cuando todos los guardias del edificio se distraían viéndonos...

Amanecí muy bien a pesar del cimbronazo momentáneo que me provocó la pesadilla. Iba acostumbándome a eso. Tiago se había marchado, dejando la cama revuelta y sus olores juveniles. El café negro de María

Vermont era un elixir de dioses, no para ella, que estaba anímicamente destruida. Sin embargo continuaba su indagación con una lucidez admirable. Leía las declaraciones y escuchaba mi discurso, que era la verdad, la información complementaria útil para ordenar el rompecabezas, con una atención completa, total. ¿En qué parte de su mente guardaba el asunto de Tiago, dónde el dolor del distanciamiento? ¿Por qué no usaba sus extraordinarias capacidades para resolver ese tema con su hijo? Un ínfimo porcentaje de su férreo carácter necesitaría para decirle «soy tu madre y te quiero». El malestar propio del joven, sumada la burla o intolerancia de los amigos que lo denigraban, tomaba para ella un cariz de trámite engorroso, de estanque podrido. Creamos nuestros propios laberintos para extraviarnos, la condición humana no sólo se ha desprestigiado, va rumbo directo a perderse. Estos chicos en vez de reírse y vilipendiar y sepultar a un compañero que tiene una madre lesbiana y el padre ausente deberían anotarse en un curso de educación sexual y un seminario de instrucción cívica y moral, y social. Aliviarían el aire, limpiarían con un cepillito sus convicciones y realizarían una gran fogata con esas convenciones anacrónicas y obsoletas. Yo no soy un ejemplo, fui enviada contra mi voluntad a una guerra que no pudo aniquilarme y me vomitó así, impávida y escéptica, autosuficiente. No soy buena vara para medirse ni establecer comparaciones, pero cada uno debería arrojararse a su propia Odisea ya, o arrojararse al paso del tren. En fin, soy así de extremista y apresurada. Yo esperaba algo más de María Vermont, a la brevedad, que se presentase esa escena en la que hablaríamos de su propia madre, de lo sucedido.

-¿No viste a nadie más? -inquirió de pronto, confiando en mi capacidad de observación.

-Dos muchachos de la limpieza.

-¿Dos?

-Sí, uno estaba en su gabinete, el que me preparó la oficina. Y al otro lo crucé en un pasillo. Lo desatendí, yo iba un poco exaltada, imaginarás...

María hizo un gesto indescifrable, anotó algo en el margen de una hoja y se dispuso parsimoniosamente a cargar una tostada con dulce de durazno, como si fuese la única tarea que le restaba hacer ese día.

-Es todo. Arreglá los líos en tu casa. No abandonés la ciudad, por si te necesito para el caso.

No era necesario que aclarase «para el caso», y «su casa» estaba en peores condiciones que la mía, pero entendí que buscaba enfriar las aguas que navegábamos juntas esa mañana. Nunca habíamos compartido un desayuno y ella sabía perfectamente que yo sólo desayunaba con quien

había dormido, en última e inevitable instancia.

También intuía que le diría, porque no soy cobarde:

-Anoche tuve ganas de besarte.

Preocupada pero aún expectante y resuelta, volvió a guardar nuestra amistad bajo siete llaves.

-Está bien -contestó-. Cuando te lleve sanguchitos a la cárcel tendrás más ganas todavía.

*Está bien, lo comprendo, no es necesario que lo repitás. Sabés que esa insistencia me irrita a veces, me supera. Si, ya sé qué debo hacer y cómo, pero a veces es necesario esperar el momento oportuno. Hasta ahora no fue fácil, sin embargo viste cómo cumplí paso a paso. Conocés el tiempo, el transcurso de las cosas. Me aterra que te obsesionés y no me dejés esperar el momento adecuado, ese instante que es único y en el cual debo ser valiente, e íntegro. Debo ser tuyo, propio de tu especie, de tu estirpe. ¡Oh, perdón, no es tu obsesión sino la mía! Si sos perfecto, perfecto...*

## Capítulo 6

Extraño paraíso. Novela

Seis

Vaya cuarteto de amigas se había compuesto: Judith Albano, Celeste Lavaroni, María Vermont y yo, mi abuela exclamaría qué botones para un chaleco y digo ahora por mí misma un botón basta y sobra como muestra. No había transcurrido mucho tiempo desde aquella escena en que rodeábamos una mesa, observando el objeto de grandes dimensiones hecho por Celeste en cerámica fría.

-Es un huevo, definitivamente –resolvió la fiscal.

-El arte no se rotula, querida, no es la prueba de un delito –contesté, sin ganas. A veces las reuniones eran tan civilizadas que el aburrimiento podía tocarse en el aire con un dedo. Estas mujeres no juzgaban mi estilo de vida y yo lo interpretaba como un preciado respeto conseguido; después de tanta marginación y desprecios pretéritos lo agradecía. Ser políticamente correcto es el camino iniciático en bajada hacia la abulia y la mediocridad, pero tres amistades entrañables merecían mi recato, aunque temporario y a pesar de mis deseos siempre en pugna.

Entonces Judith dijo algo que nos atrajo como un baúl abriéndose luego de siglos:

-Si es un huevo yo necesito dos como este para hacer lo que tengo que hacer...

Las exclamaciones obvias se fueron hacia adentro, imagino, porque hubo un silencio completo, hasta parecía que toda la gente del bar también callaba. Responsable de construir el huevo inspirador, Celeste creyó conveniente apaciguar las consecuencias de su obra:

-Ay, che, no me asustés...-dijo, agudizando la voz.

-Pidamos whisky para todas, liberemos los demonios –propuse, mirando a Judith casi con esperanza. Por fin un tema excitante, un misterio. Ella apretó los labios, se agarró con ambas manos de la mesita y dijo que sí con la cabeza. Tenía el pelo rizado como el mío, pero necesitaba varios tratamientos con cremas y revitalizantes. Y su cuerpo no estaba mal, con unos arreglos, la apropiada cosmética y unas clases de gimnasia podría

pretender belleza y atracción. Esto ya se lo había insinuado yo antes, con el tacto justo que no ofende y la intención sincera y desinteresada de ayudar. Su esposo la trataba como un objeto, pero ¿qué otra cosa pedir, si cada vez semejaba más a uno?

Celeste Lavaroni decidió marcharse, llevándose el maldito huevo de la discordia, quizás porque experimentaba una biografía en varios puntos coincidente, con el agravante de la cercana vejez. Se autoimponía la negación como única salida socialmente aceptada.

-Debo catalogar algunos cuadros, hacer yoga... -se disculpó.

-¿Por qué el yoga me aburre tanto? -salté enseguida. Atenta, María Vermont me devolvió el cumplido:

-No va con tu personalidad, es demasiado relax.

Las revelaciones que hizo Judith de su relación conyugal (ya otras veces detallada) me llevarían a usar un lenguaje procaz, pero una sola palabra, tal vez insuficiente, podría definirla: reprimida. Quizás dos, reprimida y fóbica. Si había algo positivo en toda su situación era que ella no culpaba a nadie, ni a esa familia desestructurada que sobrevivió desde lo precario en todo sentido, ni al padre castrante ni a la madre que aparecía de a ratos y ella sabía cuál era su antigua profesión. Se culpaba a sí misma. Y cuando reunía coraje para marcharse de su casa alguna enfermedad atacaba ese cuerpo que deseaba otra vida. Los médicos le habían enseñado una palabra que me provocó un ataque de risa: somatizar. Resulta que ella, le decían, somatizaba todo. ¡Pero entonces yo debería estar muerta, m'hijita!

El caso es que un día (¿quién cree en las casualidades?) justo el mismo en que Ezequiel regresó, Judith fue hasta el armario del pasillo, en su casita del Parque central, buscó el bolso que usaba para ir al taller de cerámicas, puso ropa interior, un jean y un suéter, eligió una campera liviana y así armada sólo con su determinación abandonó el hogar. No dejaba hijos, eso era un alivio y tal vez la cuenta pendiente más reclamada por su esposo, quien nunca accedió a realizarse el test de fertilidad porque «la del problema» era ella.

Eran las nueve de la mañana cuando metí el BMW en la cochera. Siempre hago el mismo gesto de ver la hora mientras termina de levantarse el portón automático, por ello alcancé milagrosamente a frenar cuando vi esas dos manitos agitándose en el muro del fondo. Bajé, considerando dos opciones: o había tomado vida el enano de jardín o allí había un hombrecillo desconocido, tratando de llamar mi atención. Di unos largos pasos sobre mis tacones y me asomé, el hombrecillo estaba parado junto a una gran valija. Vestía un traje negro, camisa blanca y un moño ridículo; todo en él, aparentemente, era pequeño. Una llamarada de

indignación me corrió por la espalda hasta el nacimiento del cabello: ¿Ezequiel se había presentado con un valet? El desconocido habló en tono bastante grave para su diminuta estructura.

-Buenos días, señora. Soy Antonio Flager, vengo recomendado por la doctora Vermont para el puesto de mucamo. Aquí traigo todos mis papeles, no soy indocumentado, aunque anduve por muchos países y tengo varios acentos y oficios, y religiones... Pero lo más importante que quiero decirle es que no soy un enano, tan sólo un hombre de escasa talla.

Mi enojo se dispersó en una carcajada que hizo dar un respingo incrédulo al hombrecito. El gran esfuerzo que había hecho para articular correctamente su presentación era sencillamente conmovedor. Yo había olvidado por completo la búsqueda de mucamo, María consideraba que mi vida necesitaba una organización, un orden para las comidas, la limpieza y el pago a tiempo de los impuestos, por ejemplo, que delegase estas tareas si pretendía seguir priorizando el ímpetu de mis bolas chinas. De acuerdo.

-Contratado.

-¿Así? ¿No leerá mis referencias?

-Antonio: de ahora en más tu referencia soy yo.

-Entendido, señora.

-Camelia.

-Camelia, señora...

Me encantaba. Mi pequeña versión Toni Banderas. Fue un espectáculo verlo cargar la valija hasta la habitación de servicio que sería su nuevo mundo. Pasó frente a mi, enhiesto como un granadero, las mejillas rojas por el esfuerzo, sin embargo pleno de convicción y con la seguridad de haber conseguido el puesto. Aguardé en la cocina que se instalase completamente para mostrarle el resto de la casa, una hermosa mansión de dos plantas, digno reino de una viuda de escribano. Pensándolo bien, ese chiquillo podría redimir mi escasez de sensaciones de las últimas veinticuatro horas, la cuestión del robo a la financiera ya había tenido su clímax en la escena del vídeo, todo lo demás se diluyó entre papeleo y averiguaciones, tiempo precioso arrojado a la basura en busca de la verdad, esa ingrata que rara vez aparece cuando es reclamada. Yo no quemaría un minuto más en vericuetos legales que no aportaban el tipo de satisfacción necesaria en mi vida, esperaría que esas sábanas se enfriaran para enjuiciarlas, el orden de prioridades sociales carece de sostenes, por ello todos van y las manosean. Pero cada tanto aparece una

oveja negra a la que es conveniente sacrificar en público para que las generaciones futuras hagan su arte. Beto, el atrevido cadete de la financiera, no sería el primero ni el último. Vio la oportunidad y se jugó la vida. ¿Cómo lo sé? En unas horas María llamará para confirmarlo: si hay alguien en esta ciudad que puede distinguir un buen par de zapatos soy yo.

Me senté en la mesada de la cocina, dejando colgar mis piernas, por primera vez reconociendo un nuevo uso a ese invento esclavista que la mujer aceptó como su lugar, idealizó, «somatizó» y creyó el trono de un reino. Decidí inaugurarle una utilidad para el goce. Moví alternadamente la cintura y los hombros para lograr relajación y estímulo, pensando en las opciones posibles que ya había eliminado: no en el dormitorio, porque Ezequiel merodeaba y tampoco en la ducha de la planta baja, el hombrecito enjabonado podía volverse escurridizo. Estaba el gimnasio, pero esas máquinas no respetaban tallas pequeñas, Antonín terminaría estaqueado como un Túpac una vez que se hubiese desatado mi lujuria.

El nuevo empleado reapareció con su atildamiento. Sólo alzó levemente las cejas cuando vio mi postura en la mesada, y su vista no fue más allá de mis rodillas. Era emocionante su candor, pero yo no buscaba esa clase de respeto.

-Ven aquí -le dije-, que quiero desatarte ese moño ridículo. Nada de uniformes, deseo que te vistas a la moda.

-Sí, señora, Camelia...

Se acercó y yo aproveché para rodearle el cuerpecito con mis piernas. No hubo sobresaltos, en fin era un hombre de escasa talla con mucho mundo. El moño voló por el aire, continué con los botones.

-¿También debo trabajar sin camisa? -preguntó, pero asomaba un brillo diferente en sus ojos. Había comprendido. ¿Se resistiría? Voló la camisa.

-No, sólo es la tarea de hoy, ¿podrás realizarla, mi amor?

El hombrecillo se incendió, pareció estirarse, sus manos hurgaron bajo la falda y yo sentí el alivio de no obligarme a soportar la ordinaria escena previa cargada de remilgos, vergüenzas y convencionalismos. Antonín interpretaba las necesidades de una mujer a la perfección, ¡qué acierto el de María al enviármelo! Camelia agradecida.

-Claro que puedo, ni bien baje de ahí, señora, o yo tendré que subir... - murmuró con su acento caribeño.

Me incliné un poco, luego bajé, luego me arrodillé, rodamos sobre el piso como si peleáramos, los cuerpos en imperfecta trenza forzosa. Dicen que

las estaturas se equilibran en la cama, pues yo creo que en cualquier lugar, cuando ambos están en igual búsqueda, aunque resulte trabajoso. Me tranquilizó escucharlo pedir ayuda a varias divinidades africanas, es conveniente contar fortalezas de otras dimensiones y a juzgar por el resultado respondían en una emergencia mucho mejor que la ambulancia de mi obra social. Con asombro y agradecimiento comprobé que su miembro era de talla normal, la naturaleza a veces obsequia sus redenciones. Creo que estábamos geográficamente debajo de la mesa cuando irrumpieron Ezequiel y Judith, que al vernos pusieron caras de bomberos llegando al lugar del incendio, tratando de determinar los alcances del desastre. Contrariada debí interrumpir la experiencia, ini en la propia cocina de su casa puede una gozar a su arbitrio!

Ezequiel Varela estaba demudado, ignoro si por verme con mi nuevo cuerpo o con mi nuevo amante o con el cuerpo de mi amante. Habló con un acento español que multiplicó la hoguera hasta el punto de impedir incorporarme. La zona animal de mi mente aún respondía al estímulo de su voz.

-¡Camelia! ¿Eres tú? No puedo creerlo, ¿eres tú?

-Por supuesto que soy yo, ¿quierés mis huellas digitales? –respondí. La agresividad me ayudaría a resistir. Antonín se vistió en segundos y huyó hacia su reducto. Judith (¿Qué hacía en casa?) volvió del estupor y tuvo a bien disculparse.

-Perdón, Camelia, no sabíamos... -y también huyó, despavorida, por otra puerta.

Quedamos solos. Yo, en ropa interior, no acepté su mano para levantarme. Recogí el vestido y pasé por delante de él, muy segura aunque notando que mis tacones pesaban demasiado. Había transcurrido mucho tiempo, tanta agua bajo el famoso puente, pero sentía una extraña inundación que me asfixiaba.

-Estás espléndida, mejor que cuando te conocí... -dijo él, siguiéndome. Crucé el pasillo y comencé a subir la escalera, un movimiento ideal para que admirase mis formas rediseñadas. El también subió, despacio, tal vez realmente deslumbrado.

-Camelia, hálbame, por favor, ¿no hablaremos, después de todo el tiempo transcurrido?

Necesitaba firmeza. El sabía que la escena quebrada me producía enojo, y el enojo multiplicaba mis deseos de venganza y lujuria. Se hallaba en el lugar justo y en el momento propicio, sólo debía insistir un poco y nuestra historia recomenzaría, olvidadas las desgracias y humillaciones pretéritas. Otra vez la vida loca, los carruseles de la gloria tirados por esos dos

titanes que llevan el mundo, sexo y dinero.

-Ezequiel, esta ya no es tu casa. Andate -dije claramente, volviéndome en el rellano. Dentro del torbellino sentía paz, porque varias veces juré que si volvía iba a matarlo, incluso soñaba que le daba muertes horribles, en color y en blanco y negro y de maneras extravagantes. Ahora estaba ahí enfrente y lo único que me indignaba era el sexo truncado que había conseguido esa mañana.

-Camelia, te necesito. ¿Por qué crees que volví, sin saber siquiera de tu... recuperación? -intentó, por mal camino. Citar el pasado refrescaría en mi memoria su actitud bochornosa, su abandono, cuando amparado por la ley pudo soltar el lastre que yo representaba y navegar liviano con una parte de mi fortuna hacia nuevos horizontes.

-No me interesan tus motivos -respondí, reanudando la subida. Él me siguió, con la última opción de su estrategia bajo la manga.

-Está bien. Perdóname por cruzarme en tu nueva vida. Espero que la estés disfrutando, a juzgar por lo que vi haces lo que te apetece y con cualquiera -dijo, con una serenidad actuada.

-Sí, más o menos como siempre... -otorgué, pensando a quien le quepa el sayo que se lo ponga.

Esperaba que yo explotase y sumida en llanto le reprochara su abandono, justificase mi actitud libertina con la soledad y el desamparo, transformando todo en una ordinaria discusión entre marido y mujer, de esas que usualmente acaban en la cama. Pero yo no escatimaba esfuerzo en las respuestas, completé la idea:

-Hiciste bien en dejarme.

-No, no hice bien... -respondió en tono quejumbroso. Caramba, era un gran actor. Llegamos arriba. Yo sentía haber escalado el Everest y sólo me restaba en el cuerpo la fuerza suficiente para clavar la bandera y pedir auxilio. Pero emulando su acento ibérico -seguramente adoptado por haber residido todos esos años en la península, y como un príncipe- dije lo último:

-Oye, Ezequiel: vive, no te lamentes y por favor, evítame la incomodidad de volver verte.

Entré al dormitorio. Lo escuché bajar la escalera con impulsiva rapidez. Enseguida su cabeza fría y manipuladora y su prolífero archivo le ofrecerían otras opciones a las cuales recurrir. Ezequiel era el único hombre que se preocupaba por encontrarme el punto G como si fuese la desconocida ruta de las especias, hurgando con suavidad de mujer y

virilidad animal. Era un desperdicio expulsarlo así. Pero en este caso, por primera vez, mis deseos hallaban un justificado conflicto de intereses. Cerré la puerta.

Tuve mi premio. Echada en la cama, las yemas de los dedos fregando el cuero cabelludo hasta producir ese calor desesperante, yo sentía que un agujero negro se había situado debajo y pretendía engullirme. Unos minutos y pasaría, unos minutos y dos medidas de whisky y la habitación volvería a su lugar, mi cuerpo a su lugar, mis sentidos al primerísimo sitio irrenunciable. Unos minutos y la puerta se abrió sigilosamente, volvió a cerrarse, luego los pasos menudos y el peso ligero sobre la cama, como si se trepase una mascota. Lo supe enseguida, mi fiel Antonín venía a completar su trabajo interruptus del día.

## Capítulo 7

Extraño paraíso. Novela

Siete

Tres de la tarde.

Desperté sobresaltada. Escuché gritos en la calle, luego una sirena policial. Antonín estaba de pie junto a la cama, vestido y aguardando órdenes; había comprendido enteramente su misión, servirle a la señora en todo lo que requiriese, así le habría descripto sus funciones María Vermont.

-Hay dos hombres peleándose en su jardín –informó y se fue discretamente.

Me puse la bata y salí al balcón, protegiéndome con ambas manos del resplandor que sentí excesivo. Ezequiel y otro sujeto estaban entrelazados en una furiosa riña de calle, Judith (¡¿Qué hacía Judith en casa?!) trataba de separarlos tironeando de sus ropas, un poco a uno y luego al otro. La policía llegaba, dos agentes se apoyaron en la reja, uno tocó el timbre, otro dio la voz de alto. La escena, si bien incomprensible, no dejaba de causarme gracia. Ezequiel tendría su merecida paliza. Sonó el teléfono. María habló con bastante sorna:

-¿Te gustó el empleado que te envié?

-Maldita. Hermoso.

Reímos al unísono. Ella explicó:

-Capturaron a Beto, el compañero de tu Gabriel X, en un aeropuerto de la frontera. Trabajó solo, engañó a todos, aprovechando la oportunidad de tu mágica aparición. Llevaba el dinero consigo, ¿sabés cómo lo descubrimos?

-Ustedes, ni idea. Yo lo supe porque uno de los empleados de limpieza tenía sus propios zapatos puestos. Lo olvidó o no tuvo tiempo de cambiárselos. Eran los de Beto. Buenos ejemplares, de cuero finísimo, un detalle de lujo no se me escapa, querida.

-¿Y por qué no lo dijiste? –preguntó María, de pronto seria.

-Bah, ya lo habrías resuelto, era fácil –respondí, minimizando la omisión-: Aunque la policía acaba de llegar a mi casa, eh.

-No sé nada.

-También están Ezequiel y Judith.

-¿Judith? El marido me llamó hoy, andaba buscándola, sospecha que lo abandonó.

-Entonces debe ser el otro sujeto. Ella dejó su hogar y vino a casa, seguramente está aquí desde anoche, Ezequiel le abrió y le permitió quedarse. Tal vez intentó seducirla... –mi cabeza ya maquinaba cosas. Sonreía, mirando la ridícula escena del jardín. El hombre había venido a recuperar su objeto perdido, la discusión fue en alza de tonos y recriminaciones, hubo una agresión, o intento... ¿Ezequiel la defendió? ¿Hizo un último acto de hombría el falaz caballero excomulgado?

-Pobre Judith –murmuró María-, ¿puede quedarse en tu casa por hoy? Haré algunas llamadas, veré si le ayudo a buscar...

Me reí. Una vida nueva, es lo que necesitaba esa mujer.

-Oh, ¿también tendré un ama de llaves?

-¡Camelia, que es una amiga! –exclamó María, retomando su tono burlón.

-No disimulés, sos tan mala y dura como yo –remarqué, estrechando la confianza.

-Pero soy justa, vos sos injusta, muchas veces.

Ahora yo iba más profundo, acercándome, o salía del lazo. Era el momento. Sonar casual, no provocar dolor. Esperé unos segundos.

-¿Mi ahijado llamó? Quería saber...

-Sí.

-Ah, ¿cuándo vuelve?

-Su comunicación fue breve: que le había ido bien, y viene la semana próxima.

Esperé unos segundos más. Lo había dicho como quien confiesa una falta grave, con la voz trémula. Me conmoví. La escena de abajo se veía como

aquellos teatros de títeres que daban en las plazas, irreal.

-A veces una semana se hace larga –intenté, desarmada.

Ahora fue ella quien se tomó su tiempo para responder.

-Sí, es verdad... –comenzó, buscando algún atajo hacia no sé dónde, todas especulaciones. Y dijo algo nuevo, inaugural, que recibí como un paquete navideño: -Nosotras tenemos que hablar, Camelia. A solas, y en serio.

Hice la reverenda estúpida. Mi corazón latía como el cuerpecito de un ave entre las manos.

-¿Por el asunto de la financiera?

-No, eso ya está, quedaste limpia.

No podía seguir inquiriendo como una niña si por una cosa u otra. En el fondo sabíamos y estábamos de acuerdo en que nos debíamos una charla sincera, amplia y sin tapujos, a temario abierto, de la cual saldríamos amándonos u odiándonos.

-De acuerdo –respondí.

-Te llamo –respondió.

Cortamos al mismo tiempo. Me quedé mirando el teléfono como una idiota. Una voz potente y tosca llamó desde abajo, expulsándome de mi pequeño y fugaz paraíso.

-¡Señora! ¿Usted es la dueña de casa? ¡Baje, por favor!

-Voooy... –contesté de buen tono, como si se tratase de resolver una rencilla familiar. Bajé sin vestirme. Antonín me prepararía un baño de espuma caliente y perfumado con todos los aromas posibles, esa mezcla embriagante que hace olvidar el mundo.

*Hoy conseguí todo lo necesario. Miro las cosas y me siento orgulloso. Este líquido tiene su destino. Bastará llenar un bidón. Gasté todos mis ahorros en esa motocicleta, para seguirla sin darle una rueda de ventaja. Y luego está el arma, el último recurso, aunque no pudo serlo para el pobre Gregorio. Ella logró escapar hasta ahora, pero me perfeccionaré, ensayaré cada movimiento, si me envías inspiración nada me detendrá... Nada se puede esperar de la ley humana, lo sabés. La policía va a su casa y le hace reverencias, la protegen. ¡Ella es culpable, Señor! Es extraño, pero*

*ahora tiene amigos, se ha rodeado de gente, ellos ignoran que también perderán el camino. Deben ser advertidos. Tendrán su oportunidad. Pero ella no, debe ser eliminada, como las otras, tan pronto ultime los detalles.*

A las 24 horas volvía a reinar la tranquilidad en la casa. Ezequiel desapareció sin obligarme a repetir la escena de la destitución. Judith hizo mutis a pesar de la hospitalidad, tal vez espantada por mi ritmo vital, quizás persuadida por su esposo a reincidir con el matrimonio, bajo la consabida y frágil promesa de recomenzar. En el colmo de mi maledicencia imaginé que podrían haberse ido juntos, Ezequiel y Judith, que él se hubiese enamorado de ella y ella lo arrastrase a una vida de proletario esforzado, capaz de sacrificarse para mantener la dignidad de un hogar. La venganza perfecta para un cazafortunas. Pero esta fantasía era muy compleja, e imposible su realización en cuanto dependía de terceros. ¿Quién está dispuesto a poner el pellejo para cumplirle una fantasía a otro? Sólo por amor, se me ocurre y esto también puede rondar el ámbito de la fantasía.

Quedé sola, aliviada, con mi discreto y servicial Antonín en la cocina. Sola, esperando un llamado telefónico.

*Ella está sola ahora. Está sola arriba, en su habitación de reina, desnuda, pensando. Baila, porque no puede estarse quieta cuando piensa. Eso dificulta un poco la observación, turba el enfoque. Mueve los hombros y sus senos se estremecen eróticamente, semicubiertos por sus largos cabellos ondulados que multiplican la sensualidad. Así, parece estar al alcance de la mano, pero ella se encuentra infinitamente distante, llevada por una música que no se escucha desde aquí. Sus caderas se mueven dibujando arabescos y luego su vientre con movimientos espasmódicos buscando en su propio interior el camino del goce. Es provocativa y soberbia, y dominante hasta en la soledad, frente al espejo. Pero, ¿dónde está ella, la verdadera, bajo la máscara y el artificio, dónde está y quién es sino ese monstruo? Nada la detiene y nadie puede detenerse frente a ella. Su presencia genera catástrofes, despierta los sentimientos más oscuros. Quizás así era la visión que perdió al hombre, de la serpiente del paraíso... Ya ha sido juzgada, no puede salvarse, pero ¿quién morirá realmente bajo ese rostro de Venus? ¿Quién será, bajo esas turgencias, la mujer que clame por su alma? ¿Alcanzarán estos trazos para delinearla tal cual fue creada, un modelo original que en la mente de Dios era perfecto? Si fuese factible, con la punta de un lápiz tocarla, redimirla... ¿Qué ocurrió con la serpiente, luego de la tentación?*

*Este sería un buen momento, no hay seguridad en la casa y ella se encuentra enajenada en su lascivia. Pero nadie debe entrar allí. Podría ser una trampa.*

## Capítulo 8

Extraño paraíso. Novela

Ocho

A la vuelta de casa existe un reducto de artistas, un sótano transformado por el impulso de la bohemia en un teatrillo donde se refugian jóvenes actores, dramaturgos, poetas, pintores de toda especie y estilo, con sus obras. Una mujer como yo, cuando va de cacería no puede ignorar este nicho de presas fáciles, tan próximo a mi guarida, como servido en plato de cristal.

En la entrada, pobremente iluminada, se vendían libros, plaquetas con poemas y libretos, gesto que me despertaba una ternura inesperada, la reivindicación de una creencia en los sueños, un rayo proveniente del pasado cargando ilusiones, magia, la ingenuidad perdida. Compré el cuadernillo con la obra de esa noche y un boleto. Llevaba la paciencia de la araña en medio de su regia tela, esperando el inminente estremecimiento promovido por la llegada de una víctima.

Había un escenario y butacas apiñadas, el clima ideal para tejer mi seducción. Vi la puesta con un interés sobreactuado. A los pocos minutos mi cabeza ya pergeñaba una manera de llevarme la protagonista a casa, aunque el joven que estaba a mi lado se hubiese ofrecido a morder sobre mis bolas chinas y esperar a beber de ese río incontenible que sentía llegar, bramando entre las piedras de mis huesos. Era un monólogo titulado «El canal Fx», ella tenía la vocecita algo estridente, pero en todo lo demás puro virtuosismo.

-... Y el médico me dijo, recostándose así (hacia atrás) en el sillón: «Marina, sufrís un estado de angustia que traés desde la infancia, y ahora te provoca esa despersonalización agravada por tu dependencia al alcohol...» Cuando iba por la palabra compulsivo o algo así recién logré detenerlo, es increíble, a ellos les gusta tanto hablar de estas cosas, ¿eso no es una obsesión? Una consulta por un dolor de garganta y terminan preguntándote si eras una niña solitaria o le tenías miedo a la oscuridad. Y yo le digo que no, que aprovechaba la soledad para dar rienda suelta a mis fantasías, y en la oscuridad experimentaba con mis manitos ya saben por dónde... Y ahí el sujeto pone cara de Freud y saca el recetario... Ya sé, la culpa es mía por aceptar ir al psiquiatra, nadie sale incólume de esas visitas, una vez que empieza, es como ir a una cita a ciegas. Levanté la mano como quien detiene un taxi y me defendí: doctor, lo único que hice

fue acostarme con una amiga, sufro y gozo este defecto de transformar mis amistades en conquistas amorosas, pero debe tener otro nombre, pienso yo... El contestó con gesto de póker: «Ponele el nombre que quieras», pero antes que continuara con su sarta de enfermedades atacó: ¡Soy homosexual, listo, ya está, lo tengo asumido! ¡Debo reconocer que no se compara con un dolor de garganta y que para el caso un clínico me hubiese derivado inmediatamente! El miró como si yo estuviese dentro de una jaula o un chaleco de fuerza y extendió la receta con los ansiolíticos. Tomé el papel y debo confesar que temblé: había cuatro clases de medicamentos diferentes, y algunos que la obra social no te reconoce. Este mes no iba a poder comprar el DVD de «El científico del sexo» ni leer el best seller «El burdel de la carretera». ¿Qué es la Olanzapina? Parece el nombre de una chica virgen de treinta años. Si es una droga permitida y al final no podré prescindir de ella, ¿por qué debo reemplazar mi buen whisky nocturno por el nombre de una mujer desconocida, probablemente fea y frígida?

¿Tan grave es?, pregunté en un tono que intentaba despertar compasión. El suspiró como suspiran los médicos, es decir con aire aristotélico y me apuntó con la birome: «¡Y dejá de ver el canal Fx!». ¡Ah, con que ésas tenemos, eh!, aunque ya creo haberle aclarado que el único canal que me interesa es el vaginal, él insiste. Opina que debemos abandonar una costumbre que nos hace daño, cambiar un mal hábito por uno bueno. Y ahí sí se equivoca en grande, la televisión no puede ser responsable de nuestras tendencias sexuales.

Salí del consultorio defraudada y sin plata. Me consolé observando el escote de la secretaria mientras completaba mi formulario. Diré una pregunta ingenua: ¿Por qué se visten como para una cita las secretarias, cuando van a sus trabajos? El perfume de su pelo aún mojado me recordaba la página 231 del libro «Basta el amor», donde textualmente, y textualmente era difícil citar mirando las manos largas finas tan expresivas que se movían frente a mi nariz, dice: «Reglas de la amistad: en tercer lugar (los otros dos lugares lo ocupan sendas ironías como comprensión y sacrificio) está la belleza. No hay amistad sin motivo de admiración. Y este motivo debe ser una cualidad de carácter más bien que un simple encanto físico. La belleza física puede atraer al principio, pero los atributos de la personalidad determinan la realidad y la permanencia de cualquier amistad.» ¡Mentira!, grité y ella, Paloma era su nombre, pegó un saltito pero luego se aquietó de nuevo en su trabajo, seguramente acostumbrada a esos sobresaltos con los pacientes. Miré alrededor, necesitaba un espejo. ¿Cómo podían escribirse esas porquerías? Los escritores ciertamente se manejan con total impunidad, yo tengo un interés casi morboso por la belleza, una mujer debe ser necesariamente hermosa para ser deseada desde el primer instante. Una fea necesita repetir la oportunidad, ¿y quién ofrece segundas oportunidades en este puto mundo? Yo pagaría por deslizarme en la cama de esta chica, sí señor. ¿Esto se llama compulsión? ¿Por qué perder el tiempo en ese

periodo ridículo plagado de convencionalismos estúpidos que comienza con la frase -inexacta, además- «quiero ser tu amiga»? Noté que Paloma sonreía suavemente y me animé a murmurar, para tranquilizarla: Perdón, estaba pensando... ¿Puedo decir en qué? Y ella respondió: «No. Esas cosas debés contárselas al doctor.» Era divina. Sonreí aun sintiéndome tempranamente derrotada. No soy una adicta al sexo, tampoco soy fiel, por lo que no voy a andar mendigando atención. Si uno puede dar media vuelta y conocer a otra gente de inmediato, ¿o no? El ejercicio de la libertad requiere ciertos renunciamentos y a cada instante. Pero puedo entender que no todo el mundo esté dispuesto a dar los pasos necesarios. Permanecí en silencio. Seguramente otro u otra con mejor apariencia que yo y una poderosa Master Card le quitaría los anillitos y la pondría contra el colchón. Considerar esa imagen me tranquilizó un poco y la puerta que se abría de la sala de espera me distrajo.

Por sobre el hombro de Paloma descubrí a otro asiduo al consultorio, Manuel, que entraba con su timidez enfermiza y tomaba asiento en la misma silla de los viernes. Lo saludé con la mano y él respondió con sus ojos brillantes. Tenía los tics y tal vez las mismas compulsiones que Monk, el detective de la serie de TV, y se alegraba de verme allí, una isla en su experiencia de naufrago. (...)

Interrumpí mi lectura porque la vi salir, caminando despacio, como si le pesara el sobretodo que se había puesto sobre los hombros, o como si quisiera extender el diálogo con un Monkey -sería el Manuel nombrado en la obra, sus tics se veían de lejos-, que emulaba sus pasos y hablaba de un tema aparentemente importante. Ella parecía la secretaria del consultorio en la ficción, Paloma, y yo preferí que fuera ese su verdadero nombre, aunque en el libreto había estampado otro, sin renunciar quizás a su ego. Yo deseaba saber si, como lo declaraba en el monólogo, era capaz de ir tan lejos cuando la situación se presentaba, porque fue tal su desparpajo -lo que hizo las delicias del nutrido público- que despertó mi curiosidad. Y algo más. Mi interés comenzó a crecer adentro, una lava extendiéndose por debajo de la piel, inquiriendo datos íntimos sobre su persona, sus gustos, sus costumbres. Escarbaba impudicamente en sus posibles secretos, cómo se vería su rostro en medio de la llamarada, o cómo sería desnuda, bañándose, o desayunando o corriendo por el parque. Mis endeble prejuicios se esfumaban a medida que me acercaba por la vereda, junto al muro, donde había aguardado casi una hora de pie, simulando sostener algo cuya lectura me encendía, con la continua sensación de ser observada desde la penumbra de la otra calle. La paranoia insistió dos veces, pero la ahuyenté cruzando hasta el lugar sospechoso de sombras entre sombras y porque mis deseos eran más fuertes que el peligro mismo. Me felicité, porque ahora, acercándome paso a paso iba logrando una imagen nueva de ella, nítida, infinitamente más atractiva que en el escenario, donde había usado recogido ese cabello

lacio y largo que brillaba finamente bajo la tenue luz. Y aprecié su cuerpo, similar al mío en voluptuosidad, que seguramente no pretendía ser sólo exprimido para la sed desesperante del momento sino que podría dar gota a gota su maná durante toda la vida.

Recién cuando llegué frente a ellos me asaltó la idea de estar protagonizando un disparate, un acto ridículo, casi infantil y cholulo. Otras personas salían conversando y tomaban diferentes destinos. Las miradas que me dirigieron al sentirse interrumpidos hubiesen desanimado a una manada de elefantes en estampida, pero yo era animal fino, con recursos y deseos, una estrategia, y andaba de cacería. No lo notaron porque las presas nunca se dan cuenta hasta cuando es tarde. Y luego saben que todos sus actos no hacen más que regocijar al carnicero, seguro del inexorable final.

Llevaba el cuadernillo en la mano y como un acto reflejo lo extendí. Ella interpretó que buscaba su firma, una dedicatoria y mostró una sonrisa que casi me provoca un desmayo. El acompañante se quedó allí, quieto tratando de dominar sus tics; en ese momento yo lo hubiese matado sin asco. En verdad no existía nadie más en el mundo que ella buscando en sus bolsillos una lapicera, que no la encontrase pronto así yo podía mirarla libremente, imaginar aproximando mis dedos a su brazo, escalar hasta el hombro, buscando allí el eco de mi propio estremecimiento, una manera de respirar un poco de aire subiendo por el cuello, empinarme hasta el pómulo, sostenerme en los hoyuelos de su sonrisa y ya sin aliento adivinando a punto de morir el oasis rebosante de sus ojos. Poesía. Esta mujer era un poema con cuerpo humano. El hombre ahora era poco menos que un árbol molestando en plena vereda y al que con gusto le aserraría las piernas, pero no, las necesitaba para marcharse y dejarnos solas. Me recordó a Marcelo, mi pobre amante plantado, esperándome en vano en la callecita cortada de la Terminal donde suelo aparcar con majestuosidad el BMW. Como todo proletario agacharía la cabeza y esperaría un día mejor. Soy inconstante y sorpresiva, creo haberlo dicho y sostenido con los hechos, no trato de inventar justificaciones inútiles.

-¿Tu nombre? –escuché de pronto. Su voz no tenía estridencia, como en la obra, era apagada, un arrullo. Yo estaba en mi viaje infernal, no daba más, sentía dolores de tanto deseo. Pero logré hablar.

-Inma... Inmaculada –dije, esperando que mi identidad provocase un comentario y ello generase conversación. No, volvió a sonreír, levemente. Se acabó, pensé, cuando me devuelva el cuadernillo se acabó, estoy despedida. Pero el acompañante -¡Ay, los hombres, cómo se reivindicán en tan poco tiempo!- puso una mano sobre su brazo, la besó ligeramente en la mejilla y dijo:

-Bueno, Paloma, nos vemos el sábado, ¿sí? Y seguimos charlando.

-Está bien, papá. Te espero. –Ella hizo un mohín cariñoso para él, y otro pícaro para mí, murmurando: -Estos hombres...

¡Dios mío!

No pude contestar. Yo había remado en innumerables y fatigosas tormentas humanas, enfrentado a la muerte, esquivado culpas y sospechas graves, era el ave Fénix de mis propias cenizas, pero aquí sufría la incapacidad de toda reacción, el aniquilamiento. Es imposible desear algo y salir impune, todo acto conlleva en sí mismo la factibilidad de repetirse si no es condenado, se puede hasta cometer un delito y pretender la libertad, pero el deseo marca como un hierro al rojo en lo profundo, sin posibilidad de retorno. Tomé el objeto que me devolvía como si fuese mi corazón hecho trizas. Miré sus manos largas y expresivas alejándose y metiéndose en los bolsillos del abrigo, mis pechos necesitaban ser torturados por esas manos, pero se escondían, daría mi fortuna por tenerlas... De pronto ella dio un paso al frente y casi rozando su pequeña nariz con la mía, lo dijo:

-Bueno, ¿ahora qué hacemos?

¿Qué? ¿Cómo? De pronto el cielo se abrió.

-Tengo una idea –respondí entonces, con la seguridad del mundo súbitamente restituida en mi garganta-, pero debo advertirte...

Ella giró un poco el cuello y puso sus labios sobre los míos. La gente circulaba a nuestro alrededor como si fuesen fantasmagorías, un carrusel triste y oscuro, mientras yo agonizaba de goce. Preguntó, sólo con el aliento:

-¿Qué cosa?

-Soy un poco desenfrenada.

Rió y besó brevemente. Me llevaría de los cabellos adonde quisiera, se haría cargo de todo de allí en más, me tendría en su boca como un afrodisíaco hasta captar todas las sensaciones posibles, hasta rebozar de zumos sus deseos, luego me tragaría y escupiría mis huesos por el balcón. En principio sacó una mano del abrigo, tomó la mía y caminamos en busca del promisorio edén.



## Capítulo 9

Extraño paraíso. Novela

Nueve

Volví del paraíso tarde, cerca del mediodía. Apenas desperté sentí la jaqueca acostumbrada y el arrepentimiento de haberla traído a casa. Paloma no estaba en las inmediaciones. Mejor. Por el interno llamé a Antonín, necesitaba desayunar, un analgésico y tal vez dos medidas de whisky.

Los goznes de la puerta giraron rápido y esos no eran los pasos menudos de mi empleado acercándose a la cama. Tampoco las acolchadas deportivas que llevaba ella. Parecían botas. Apenas levanté la cabeza, no lograba fijar la vista. Quien había entrado dejó la bandeja en la mesita y tomó asiento a mis pies. Solté otra vez el cuello y mi cabeza cayó sobre la almohada. El tono claro de la funcionaria judicial terminó con mi sospecha:

-Tenemos que hablar. Levantate –ordenó María Vermont con gravedad.

Me corrió un escalofrío. Necesitaba un whisky. Ella lo supo enseguida y trajo la bandeja.

-¿Qué ocurre ahora? –pregunté, dando cuenta de la bebida y dejando lo demás, tostadas con dulce, café y jugo de naranjas que el mucamo se había ocupado en preparar. Antonín aún no me conocía del todo.

-Es un asesino en serie. Dibuja a sus víctimas –refirió, breve y eficaz. Extrajo de su chaqueta una hoja de papel plegada en cuatro, me la extendió: -Allanamos su guarida, encontramos este, entre otros... Pero las demás mujeres ya están...

-Muertas –completé, observando mi perfecto retrato.

-Es un artista magnífico, porque las modelos no posan, obviamente. El las espía, durante cierto tiempo, recaba detalles, hace un boceto, dos. Luego dibuja el definitivo. Luego las asesina.

-¿Por qué yo, en su galería de chicas?

-Lo ignoramos. Sigue un perfil, seguramente. Hace dos días se presentó un sacerdote, el padre Juan, de una parroquia cercana. Alguien había dejado en el altar un sobre con cartas y doce velas. Mis peritos las están analizando. El sacerdote lo conocía de haberlo visto en la iglesia, rezando o hablando solo. Trató de acercarse, él nunca le dio su verdadero nombre, pero sí su domicilio, así encontramos todo. Deseaba que lo hallaran, debe estar cerca de su objetivo final. Ya van once chicas, hallamos cuatro, las otras siete están desaparecidas...

-Y yo soy la doce, como la hinchada de mi equipo, y aún vivo, parece  
-contesté con naturalidad. Esto sonaba realmente demencial.  
Evidentemente ya era imposible un instante gozar sin el riesgo de llorar al próximo o en minutos morir. Tal vez la muerte comenzaba a sentir celos de mi autonomía, de mi constante capacidad de satisfacción carnal.

¿A esto se refería ella cuando dijo «tenemos que hablar», dos días atrás?  
No esperaré otro momentum para averiguarlo:

-Después no me llamaste -reproché, con seriedad verdadera-. ¿Se trataba de este mismo tema?

Su mirada brilló plena de tristeza y desazón. Un segundo, porque enseguida se impuso el oficio con sus estrictos convencionalismos. Supe de antemano la respuesta.

-No. Voy a designarte una custodia policial -dijo, sin esperar mi réplica-, traté de quedarte en la casa, por favor.

-No tengo miedo.

-Lo sé. Estás loca, los locos no temen a nada de la realidad, sino a sus fantasías, los monstruos que habitan sus mentes...

-¡Ey, ey! ¿Qué significa ese tono mordaz? -me quejé, de buen humor. La sesión con Paloma me había dejado anímicamente como nueva, lástima estas noticias...

-Tu forma de vivir te matará.

-Ya hemos hablado de esto antes, amiga mía.

Ella se levantó y fue hacia la puerta del dormitorio, se abotonó la chaqueta rápidamente. Hacía ese gesto cuando estaba contrariada o nerviosa. Su rigidez judicial cedía considerable espacio a la mujer interesante que yo deseaba percibir con mayor frecuencia.

-¿Quién es esa chica? -murmuró, con el fastidio de tener que sacar el

tema.

Ah. Me alegré.

-¿Todavía está aquí?

-En la cocina, desayunando. ¿Por qué no bajás, Camelia, aunque sea a decirle buen día y adiós?

Salió, dando los mismos soberanos pasos. Sonreí.

En la cocina Antonín hablaba en un tono centroamericano incomparable, la riqueza sonora de las palabras y su elocuencia casi provocaban colores en el aire. Se empobrecía un poco, a mi gusto, en el contenido. Pero Paloma lo escuchaba gustosa, acodada en la mesa. Me preparé para la incomodidad de mirarnos después de los ardorosos sucesos nocturnos.

-El ejercicio supremo de la libertad es el zapping. Si no mire, niña, la estatua que tienen los yanquis en la puerta de su entrada acuática, ¿recuerda lo que tiene en la mano, empuñado como un símbolo? No es una antorcha, no señora, es un control remoto, ella desde ahí domina el mundo, lo que no le gusta lo cambia apretando un botón.

-Antonio, ¿estás preparando un discurso, acaso te dedicarás a la política?  
-dije buenamente, rodeando la mesa. Ella sonreía y jugaba con unas migas de pan sobre el mantel.

-¡Si pudiese! ¡Es el mejor negocio, señora!

María Vermont entró por la puerta de servicio sin anunciarse, como si hubiera olvidado algo. Al contrario, traía material para alentar recuerdos. Entonces descubrí mi retrato sobre la mesa, a unos centímetros de las manos de Paloma. Me inquieté. Si bien no pretendía transformar esa aventura casual en una relación estable o continua -con Marcelito me abastecía bien-, tampoco buscaba traumatizarla, o atemorizarla. Su desempeño había sido de plena madurez, pero si surgían problemas se cuidaría en adelante de salir con una desconocida que la invita a su casa. La castraría en su soberana libertad y sería una injusticia, porque esa gente que se atreve merece el premio, escuchar el grito interior y obedecerlo arriesgando el ser, ese gesto debe coronarse con algo de felicidad.

María explicó todo largamente. Estaba animada, ignoro si porque se acercaba a la resolución del caso o Paloma le atraía y las dos cuestiones me disgustaban ya. Deseaba montar en mi BMW y acelerar hasta la Patagonia. Llegó al tema de los dibujos, colocó los demás en fila, para que ella los observase. Paloma eligió el mío y dos más, se quedó mirándolos

como si fuesen viejas fotografías de seres queridos.

-¿Qué pasa? –pregunté, intuyendo todo. Las otras dos chicas también serían asiduas al teatro, quizás habían salido con ella.

-Dejá que hable –espetó María, siempre adivinándome.

-Las vi alguna vez, son actrices –murmuró Paloma, separó uno de los retratos-, no recuerdo bien sus nombres, esta debe ser Clara, pero...

Hubo un silencio que respetamos. Ella trataba de recordar, sus dedos recorrían las facciones dibujadas. Antonín puso un jarro de café negro en mis manos y dio otro a María con la prestancia y discreción de un servicio funerario. Que ensayase para el mío. De pronto Paloma alzó la mirada, quedamos expectantes. Se dirigió a María:

-Expresate con libertad, aquí hay dos testigos –invitó la fiscal.

¡No, jamás, yo era la próxima víctima, que no me quitaran el protagonico! Paloma estaba extraña, como hipnótica, cuando dijo:

-A ellas no las recuerdo bien, pero conozco al dibujante.

Quedamos agarradas de los jarros calientes de café como de las cuerdas de un barco en el maremoto. Antonín aplaudió, sobresaltándonos.

-¡Caso resuelto, niña!

Entonces Paloma se derrumbó, literalmente, sobre los dibujos y emulando los aullidos del desamparo más cruel, lloró.

## Capítulo 10

Extraño paraíso. Novela

Diez

-¿Quién lo hubiese imaginado, no? –dije, con impensado asombro. El living de casa ya semejaba la recepción de la comisaría del barrio. María escuchaba lo que alguien le explicaba por una cucaracha en el oído. Sin embargo me contestó:

-¿Que estabas con la hermana de tu asesino? ¡Si te hubiesen ofrecido un billete de lotería lo rechazabas!

Mi asesino, bonita manera de hablar, señora fiscal, justo frente a la casi muerta, es decir yo. También resultaba extraño y azaroso que la conexión fuese doble, entre todos los hombres que circulan por una terminal un día cualquiera elegí a Gabriel X, el contador de la empresa donde el sujeto trabajaba. A propósito, consideraré llamar a ese gentilhomme y proponerle grabar otro vídeo, en más cómodo plató, sin criminales en las proximidades.

-El mundo es un pañuelo –sinteticé suspirando, sin creer completamente en la infalibilidad de la sabiduría popular.

-See... Usado –otorgó la funcionaria.

Y por otra parte debí haberle pedido a ella al menos nombre y apellido completos, nacionalidad, estado civil, en fin, pero son todos datos innecesarios a la hora de la pasión. El encuentro había sido fulgurante, las señas personales carecen de sustancia estimuladora y desalientan el erotismo.

Paloma se retorció de angustia y llanto en mi cama, dejando su completa muestra de fluidos. De pronto un pretendido dios de facto había enviado sobre nuestras cabezas las plagas del dolor y la incertidumbre, bajo amenaza de muerte súbita.

Intenté vanamente hallarle un encanto, si bien extraño, a la nueva situación. Los uniformes policiales me estremecían, pero debía aquietarme y colaborar para la pronta resolución del asunto -pues estaba en juego

nada menos que mi vida- y esforzarme como una alumna sin luces.

No soy de las que ofrecen consuelos baratos, no pude sentarme junto a ella y tomarle la mano, esa que me había transportado a los paisajes más hondos y deliciosos y llevaba el mismo ADN de la otra que deseaba asesinarme. Ya no me conmueve el sufrimiento ajeno, tuve mi ración aleccionadora. Escuché esa historia, otra, de dos hermanos pequeños unidos y felices y de pronto separados por un divorcio que no pidieron, no entendían ni aceptaban. Las huidas, las peleas, las desapariciones, dos muñequitos desarticulándose en el juego que los padres perdían cada día, alternadamente alegres por efímeros logros en la absurda batalla. Esa clase de gente es criminal, pero nadie los declara culpables, no es como pisarle el césped al vecino o chocar en el estacionamiento. Esos niños sufrieron durante meses la ausencia del otro hermano; en una oportunidad transcurrió el período de un año, Leo le enviaba sus dibujos por el correo postal y ella sus títeres creados para el pequeño teatro. Se reencontraron ya adultos, pero Leo no pudo ser un adulto normal, nunca, no pudo ser... Obviamente ese pasado angustiante no justificaba la presente estructura mental de Leo, un perfecto psicópata. De otro modo deberíamos pensar que la sociedad está alumbrando continuamente a potenciales violentos y asesinos porque en su esencia está enferma. Y aunque sólo echar un vistazo alrededor corroboraría la hipótesis, intentar explicar eso a Paloma con pretensión analítica resultaría despiadado. Preferí guardar distancia, ofrecerle mis somníferos y la atención del mucamo exótico.

María volvió a hablarme, justo cuando pensaba llamar a Marcelito y pergeñar una fuga:

-Confirmado: las cartas son de Leo Polsky, como los dibujos. En una de ellas describe la conversación telefónica con su amigo Gregorio, «tu paciente». Esa comunicación existió. Es el móvil, debe creer que lo mataste o él murió por tu culpa, lo que es igual para su cabecita enferma.

-¿Pero alguien puede agarrar a ese ignorante y explicarle cuánta gente muere echándose un polvo?! –estallé, y todos interrumpieron sus tareas, dando un saltito, para volverse a mirar.

Yo no acostumbraba tener media docena de personas andando por la casa, francotiradores en el techo, esos tipos espolvoreando el pasillo... Comprendí la desesperación de Antonín, mi fiel servidor políglota, necesitaríamos una cuadrilla del municipio para limpiar y ordenar todo cuando se retirase el circo. María usó un tono suave pero extremadamente persuasivo, hay momentos en que un fiscal no debe dudar, la decisión y la acción van casi a la par e involucra las circunstancias vitales de otros.

-Basta, Camelia, y por favor, quedate aquí. Vamos a cazarlo –llamó a uno con la mirada y nombró a otros dos, que reaccionaron y la siguieron. Yo hice lo mismo, nadie me siguió. Tal vez porque había señalado arriba, donde están los dormitorios. Entonces corrí y alcancé a la comitiva en la reja de entrada.

-Tengo una idea –murmuré, con toda la seriedad, pero internamente divertida y emocionada. Me imaginé heroína, en el centro de un gran afiche, custodiada por esos grandotes con sus largas y poderosas armas... O en la tapa del diario más importante, con mi nombre en negrillas: «Permaneció Inmaculada».

-Tenés un minuto –concedió María, siempre cortando la inspiración más sublime con la vulgar realidad.

Me ofrecí como carnada, ¿qué otro papel me restaba desempeñar en esta vida? Conforme y en paz conmigo misma, los intereses antagónicos minimizados, las cuentas frías con el pretérito, había aprendido a reconocer la oportunidad de una experiencia nueva y de arriesgar por ella las siliconas.

Evidentemente mis razones de peluquería no estaban erradas, porque uno de ellos asintió, se trataba del comandante de estrategias del grupo, un guapo todo músculo y prestancia, sin soltar nunca su arma, un Denzel Rodríguez para mi protección y servicio, que dijo «Buena idea, hagámoslo» y yo sentí la impaciencia de un orgasmo naciendo en las profundidades, lubricando mis entrañas. Lo repetí porque María había quedado petrificada, hablando mal y pronto:

-Si buscás que el perro corra, soltá el conejo. De nada servirá tenerme escondida, ¿por cuánto tiempo?, él se dará cuenta y desaparecerá. Déjenme salir como un conejillo por la pradera, pronto verán al perro perseguirme, lo verán.

Denzel retrocedió dos pasos y esperó la decisión de Vermont, que aparte de petrificada parecía derrotada, un lujo que no podía darse en ese tramo del proceso.

-Es lo que pensé –dijo, con toda la carga de reproche que logró reunir-, otra vez querés morirme.

Tomó mi brazo y me sacó de allí, internándonos por un caminito del regio jardín desbordante de tulipanes, muy acorde a mi nivel de viuda alegre, para hablar en privado. Esa mano presionando en el brazo fue como un grueso tajo partiendo en dos la luz de la tarde; cómo es la memoria de impiadosa y devorante, que repetí esos menudos pasos cuando su madre me llevó al cuarto de baño, en esa casa de descanso que ellos tenían y yo también disfrutaba, pues éramos dos adolescentes casi hermanas en

aquellos tiempos, corriendo por el campo.

-Es la primera vez que razono y te molesta –rezongué. Yo no me reconocí la voz, tal vez por eso ella me miró atentamente, sospechando que sería otra persona usando la máscara de mi rostro. Con el mismo esfuerzo de callarme, hablé: -Me llevó al baño, tu vieja. Así del brazo. Allí me desnudó completamente y besó cada centímetro de mi cuerpo. Luego se quitó la ropa y fuimos a ducharnos, el agua estaba caliente, había mucha espuma y ella se entretuvo enjuagando mi cabello. Excepto el mío y en el espejo, yo nunca había visto el cuerpo desnudo de una mujer, gozando.

Su madre estaba muerta, dos décadas atrás un cáncer fulminante le impidió ver a su hija doctorada en Leyes, pero en ese momento respiraba con nosotras, tal vez hablaba por mi boca, que hacía ese ronquido desagradable. Pensé que ella quedaría muda, o ciega, por el esfuerzo de escuchar y mirarme, pero reaccionó como si despertase:

-¿Por qué me contás eso ahora, Camelia, ahora...?

-¡Porque puedo ser cadáver! –respondí enseguida. La proximidad de la muerte había provocado el vómito liberador-: Entonces, ¿me creés?

La vida te da sorpresas, dice el juglar. Y las inventa con una facilidad aterradora. Los humanos, pobrecitos, la llamamos destino. María apretó los labios, toda su huesuda corpórea pareció reducirse, tensarse, sin lograr sin embargo impedir que se le cayesen esas dos lágrimas como piedras de los ojos café que siempre reprendían y ahora no me atrevía a descifrar. Dijo:

-Ella te amaba. Por eso te cuidó.

Fue el momento en que me volví loca. Como si hubiesen destapado el infierno, la putrefacción de una tumba, todas las visiones terroríficas y me las hubiesen puesto enfrente. Giré y corrí por el sendero primorosamente recortado, pasé junto al comandante, creo que traspuse la reja cerrada, mi vida era una exhalación que no debía detenerse a pensar, porque ahí estaba la locura y yo sin argumentos para enfrentarla. Subí al BMW y recuperé el llanto y la furia. Los soldados espiaban adentro del coche, corrían y hacían señas. Ella salió lentamente y se detuvo al borde de la acera, mirándome como desde otro tiempo, en la orilla de ese río de la infancia al que llegábamos en los veranos, ingenuas, confiadas a vivir en plenitud, pero ya víctimas de los deseos, vicios e hipocresías del mundo. El resto fue una película de la que no pudimos irnos hasta que encendieron las luces de la sala, cuando se esfuma en blanco o negro la realidad proyectada sobre un lienzo.

Marchando resuelta bajo el pesado sobretodo, bajo la tarde recalentada y bajo su desgracia, apareció Paloma. Habló algo con María -confirmar,

supongo, si era factible retirarse- y se fue caminando. Iba animada, recuperada. Era la marcha de quien ha tomado una decisión. Mejor así. Tal vez volviese alguna noche, a buscarla en la puerta del teatro con mi auto, le pediría que me indicase el rumbo de algún reino desconocido. La miré largamente hasta que giró en la esquina, su figura era lo único vivo y verdadero que yo veía allí, en ese cuadro de sepulturas abiertas y niños abandonados. Un refugio para mis ojos enrojecidos, una esperanza en mi mente descalabrada. Tal vez... Pero no. Arranqué y salí a la pradera, los cazadores tomaron sus puestos móviles y siguieron al conejillo con la esperanza de que apareciese el perro.

Conduje durante mucho tiempo en variadas y caprichosas direcciones y velocidades, como cuando me embriago, en círculos y luego en línea directa hacia el poniente. La aguja del combustible se había pegado a la marca de vacío, la del acelerador oscilaba, mi automóvil se parecía cada vez más a su dueña, necesitaba whisky, lubricación y velocidad para dejar atrás emotividades y geografías innecesarias. Sin orgasmos en los alrededores también mi autonomía se estrechaba.

Atardecía cuando vi las luces de la gasolinera en las afueras de la ciudad. Mis deseos se habían multiplicado, justificándose tal vez en los errores ajenos, una excusa para el enojo y la libertad de desear tomar lo que fuese, hasta una vida, como hacían los emperadores para sentirse dioses. Planear alternativas diabólicas y divertidas, como detenerme en la gasolinera, llamar a María con algún pretexto y arrastrarla hasta el toilette para incendiarla en una hoguera de desenfrenos. Deseaba destruirla, como hacer añicos algo que ya estaba roto ensañándome con los pedazos. Dejé escapar una risa alocada, me reía sola dentro del auto mientras aplicaba los frenos para ingresar al playón, buscando el surtidor de la nafta ecológica, aunque todos sabemos que el mundo explotará en cualquier momento, los recaudos ya son inútiles, estamos en el tiempo de las consecuencias.

Bajé y controlé el estado de mis sugestivas panties, pues nunca se sabe, estiré un poco hacia abajo el vestido morado que me ceñía el cuerpo, con un dedo enganché la cartera con las tarjetas de crédito, labiales y demás instrumental femenino y con otro dedo llevé las llaves hasta la palma del empleado, para que atendiese a esta visión que le salvaba el día. Pregunté por los baños y él apenas logró mover un dedo hacia la derecha, « ¿venís? » le hubiese dicho, pero estaba supervisado desde adentro y yo desde afuera, en unos minutos la estación sería tomada como un reducto talibán, todo se iría al demonio y yo perdería el atardecer y su omnipotencia sexual. Caminé, contoneándome un poco para disfrutar de las miradas; una mujer al nacer debería estrenar consigo todos los atributos de la belleza, vivir para dar más belleza al mundo, proveer el goce de sólo mirarla, vestirse de riquezas, rodearse de abundancia, ser un ejemplo de plenitud, del infinito poder creativo del universo. La estética tiene la capacidad de denigrar, en público o en privado, al ser humano que

no ha sido beneficiado por la naturaleza incapaz de establecer un canon con justicia, absoluto, llevándonos a las sucesivas modificaciones impuestas socialmente, las modas, procreando infelicidad y represiones.

Llegué a una pequeña acera donde se iniciaba una estrecha calle que se veía oscura, como recién mojada, algún incompetente derramó todo este combustible, pensé, arruinaría mis tacones nuevos. Sentí esa sensación extraña, de ser observada por alguien, pero ahora mi sospecha descansaba en los cazadores que merodeaban al acecho de mis sensuales movimientos. Sin embargo allí había un sujeto, aparecido de súbito y muy próximo, una sombra enfundada en mameluco de limpieza, una sombra conocida, de la que se desprendió por detrás como una baraja otra más familiar aún, para completar el cuadro donde lo dramático se derramaba como un líquido oloroso entre los pies. Ella era Paloma y él mi asesino. Sus figuras parecían recortadas sobre el horizonte enrojecido que se incendiaba a cada instante. La excitación crecía por mis piernas como raíces de fuego, la proximidad de la muerte y de Paloma revivían aquella experiencia con Gregorio en el hospital. Ver el gesto de ese corazón arrojándose al peligro por defender un amor me estremecía hasta el alma y corroboraba mi certeza: vivir con miedo es permanecer inmóvil y al margen. El arranque alocado y hasta estúpido que ella protagonizaba me devolvió la pasión de la víspera. Era hora de cuantificar los sentimientos, de la entrega, el gran test. Paloma habló quedamente, pero la escuchaba el mundo:

-Corré, yo lo detengo.

Obedecí a medias. Corrí, pero hacia ellos y abracé a Leo con todas mis fuerzas.

-¡Infeliz! –grité.

El estaba incrédulo, enojado, porque tenía el plan perfecto y yo lo arruinaba, abrazándolo con mi cuerpo pecaminoso. Ahora la purificación debía ser total. Para colmo esa tonta hermana aparecía tarde y era débil, ya no podría consolarlo ni salvarlo pues él tenía una misión al fin y restaba un paso para cumplirla exitosamente. Presioné con mi rostro en su pecho y aulló como un animal, con un brazo levantó el bidón de nafta y roció el líquido sobre nuestras cabezas. Yo también grité, mi razón perdida buscando una nueva sensación, tal vez la muerte. Sentí las manos de ella como tenazas en mi cuerpo tratando de arrancarme del abrazo exterminador y esa presión y desesperación me excitaron aún más. Escuché sirenas y gritos, de pronto vi una cabeza encapuchada, la tela lustrosa de un uniforme, unas manos me pusieron en otras manos poderosas como garras de león y yo estaba en el límite de perder el sentido. Una dureza golpeó en mi espalda y glúteos: seguramente me arrojaban contra un muro al resguardo del peligro en ciernes. Alguien permaneció conmigo, el caño de su pistola había estacionado entre mis

piernas, afortunada en medio de la fatalidad que a veces, hay que reconocerlo, beneficia.

-Quieta, por favor –decía el comandante Denzel, mientras yo trataba de sacarle ventaja a la situación. Evidentemente él no comprendía cuál era la finalidad de mi forcejeo, estábamos viviendo dos realidades distintas, ¡cuántos mundos, en una misma escena!

El sol irradiaba sus colores y estaba a punto de introducirse. Se oyeron los disparos, muchos, y esperé ver el último fuego, eterno como el de Dante, iniciarse en lengua explosiva frente a mi y dispersarse infinitamente, a medida que yo también me dirigía hacia la pequeña muerte de mis atardeceres.

# Capítulo 11

Extraño paraíso. Novela

Epílogo

Los disparos habían impactado plenamente en Leo Polsky. También alcanzaron a Paloma. Los cuerpos de los hermanos yacían en la playa de la gasolinera como si estuviesen jugando un macabro juego infantil. Yo miraba sus ropas que se movían con el viento, el viento que estremecía las cintas amarillas de clausura y pensaba que también estaba muerta, y busqué mi cuerpo en esa escena, en el ingreso lateral dando la vuelta hacia el minimercado. Y como no me distinguía iba ampliando el campo visual de a poco, por detrás de los surtidores, tal vez no recordaba haber salido corriendo y estoy más allá, para el lado de la rotonda... El viento enfriaba mis rizos castaños empapados en combustible, sólo escuchaba mi respiración y un distante latido, no existía ni el arriba ni el abajo, no sé dónde estaba sentada o flotando. Una llovizna roja, como espuma de sangre, me impedía la visión. Qué bueno si también he muerto, voy a estar con ella para siempre. Una puerta se cerró frente a mí. Extraño paraíso.

Autores

María Elena Sofía, Marcelo Moriconi.

Todos los derechos reservados.